

El Pequeño Vampiro

se va de viaje



ANGELA SOMMER-BODENBURG

de

Los padres de Anton le comunican que irán a pasar una semana de vacaciones a una granja en un pequeño pueblo. Anton no cree que sea una buena idea, pero cuando consigue engatusar a Rüdiger, lo ve de otra forma. No obstante, el primer problema con el que topan es cómo trasladar el ataúd de Rüdiger, sin contar con el revisor del tren, ni con la señora que les toca en el compartimento, además de las dificultades para localizar el pueblo...



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro se va de viaje

El pequeño vampiro -3-

ePUB r1.0
Eibisi 14.06.13

Título original: *Der kleine Vampir verreist*

Angela Sommer-Bodenburg, 1982

Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1988

Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.0



Este libro es para todos los amigos y amigas del pequeño vampiro... y para Katja, que, entretanto, ha aprendido a leer (y, naturalmente, lo que más le gusta es leer historias de vampiros), y para Burghardt Bodenburg, cuyos tiernos dientes se han hecho ya algo más agudos.

Angela Sommer-Bodenburg



A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no

saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.

Lector de mapas

Era una suave noche de primavera. Las matas de jazmines despedían un dulce aroma y la luna bañaba las casas de la colonia de una suave luz plateada.

En ese momento la aguja grande del reloj del ayuntamiento se aproximaba a las doce, y el reloj empezó a tocar: una, dos...

El pequeño vampiro, que estaba sentado en la copa de un castaño, iba contando en voz baja: —... siete, ocho, nueve.

Las nueve..., seguramente no sería demasiado temprano para ir a visitar a su amigo Anton. Era probable que los padres de Anton hubiesen vuelto a salir, al cine o a casa de algún amigo, como hacían casi todos los sábados.

«¡Afortunadamente!», pensó el pequeño vampiro, pues sólo así había sido posible que Anton le acompañara en muchas de sus aventuras nocturnas. Por ejemplo, a la fiesta de los vampiros, en la que Anton, disfrazado de vampiro, había bailado con él, para que los demás no se dieran cuenta de que Anton era un ser humano. ¡Qué pinta tan graciosa la de Anton bailando cuando tuvo que poner cara de enamorado!

El pequeño vampiro se rió para sus adentros. Lentamente fue teniendo calor con sus leotardos de lana y debajo de las dos capas, de las cuales una era para Anton. Decidió volar hacia la ventana de Anton y llamar.

Las cortinas de la habitación de Anton estaban echadas, pero el pequeño vampiro encontró una rendija a través de la cual podía observar el interior de la habitación. Vio a Anton sentado en el suelo, inclinado a la luz de la lámpara del escritorio sobre un gran mapa.

Con sus largas uñas el vampiro llamó en el cristal y gritó colocando sus manos alrededor de la boca:

—¡Soy yo, Rüdiger!

Anton levantó la cabeza. Su rostro, que durante un instante había parecido asustado, se despejó. Fue hasta la ventana y la abrió.

—Hola —dijo—. Por un momento pensé que era Tía Dorothee la que había llamado.

—De Tía Dorothee no tienes por qué asustarte hoy. Se ha ido volando a un baile de pueblo —dijo mientras se metía en la habitación.

—¿A bailar?

—Seguro que no. Probablemente estará al acecho delante del local hasta que los primeros invitados se vayan a casa. Y entonces...

Profirió una carcajada como un graznido, y Anton vio sus colmillos: afilados y agudos como una aguja. Como siempre, se le puso carne de gallina.

—Además, ella no soporta en absoluto a esa gente —prosiguió divertido el vampiro—. La última vez habían bebido tanto que Tía Dorothee estuvo dos noches en el ataúd con una intoxicación etílica.

—Iiiiih —dijo Anton en voz baja.

Prefería que no le recordaran de ningún modo que los vampiros, y entre ellos también su mejor

amigo, se alimentaban de sangre. Por fortuna, Rüdiger siempre estaba harto cuando venía a su casa.

El pequeño vampiro señaló el mapa:

—¿Deberes?

—No —dijo Anton sombrío—. Esta tarde tuve que ir a ver una granja con mis padres. ¡Aquí, en este villorrio podrido!

Señaló un punto en el mapa, y el vampiro se inclinó para leer el nombre del lugar:

—«Pequeño-Oldenbüttel».

—Sí, así se llama el pueblucho —dijo Anton—. ¡Allí van a pasar mis padres una semana de vacaciones, en una granja!

—¿Solos?

—Yo, naturalmente, tengo que ir con ellos. «Para restablecerme adecuadamente», como dice mi padre. Lejos del ruido de la gran ciudad, respirar buen aire del campo, ir de paseo...

Al pronunciar las últimas palabras su voz sonó tan colérica que el pequeño vampiro tuvo que reírse.

—Tan malo no será —opinó.

—¡¿Sabes lo que dices?! —exclamó Anton, y su cara se puso roja de rabia—. ¡Por todas partes nada más que vacas, gallinas cacareando y caballos relinchando! ¡Allí no se puede hacer nada!

—Quizá montar a caballo...

—¡Bah, montar a caballo! ¡En esos caballos de labor!

—O montar en tractor.

—¡Qué aburrido! A mí me gustaría pasar las vacaciones en algún sitio donde se pueda hacer realmente algo. Pero en Pequeño-Oldenbüttel...

Furioso, pasó el dedo por el mapa.

—Tú escucha sólo cómo se llaman los pueblos vecinos: Gran-Oldenbüttel, Totenbüttel, Viejo-Motten, Nuevo-Motten. ¿Qué es lo que puede haber en esos villorrios?

Se le saltaron las lágrimas y rápidamente se restregó los ojos con la mano para que el pequeño vampiro no se diera cuenta de ello. ¡Sus padres planeaban una semana de vacaciones y ni siquiera se habían molestado en conocer su opinión! ¡Elegían una granja en una región perdida y aún esperaban que él se alegrara de ello!

¡Ah, él sí que hubiera sabido a dónde se podía viajar! ¡Por ejemplo, a un balneario como es debido, donde hubiera una piscina y toda clase de restaurantes, cines, discotecas...! ¡Pero en lo último que ellos pensaban era en él y en sus necesidades!

—Yo me lo imagino bastante agradable —opinó el vampiro.

—¡Pues yo no! —dijo Anton de mal humor.

Luego se quedó perplejo. Se le había ocurrido una idea.

—¿De veras que te lo imaginas así? —preguntó.

—Pues sí. Los nombres de las poblaciones suenan muy prometedores... ¡Como si hubiera allí vampiros! ¡Quizá conozcas a un par de ellos si a la caída de la noche te pasas por el cementerio de Totenbüttel^[1]!

—¿Yo? —dijo enigmático Anton, y riéndose irónicamente añadió—: ¡Nosotros!

El vampiro puso una cara de no entender nada.

—¿Cómo que nosotros?

—¡Muy fácil! —dijo Anton—. ¡Tú te vienes! ¡Contigo serán las vacaciones más sensacionales de mi vida!

—Pero...

El pequeño vampiro había perdido el habla.

—¿No has dicho que te lo imaginabas bastante agradable? —exclamó Anton.

—Para ti, quería decir.

—Lo que es bueno para mí también es bueno para ti. ¿O no somos amigos?

—Sí...

—¿Y no te ayudé yo cuando tenías prohibición de cripta y estabas con tu ataúd en la calle?

¿Acaso no te escondí en el sótano de mi casa?

—Sí...

—¿Ves? ¡Y ahora tú puedes hacer algo por mí!

El vampiro volvió la cara y empezó a morderse las uñas.

—Esto me pilla de improviso —murmuró quejumbroso—. ¡A nosotros, los vampiros, no nos gustan las decisiones precipitadas!

—¿Y quién ha dicho que ésta lo sea? —exclamó Anton—. Mis padres no se van hasta el domingo próximo. Así que tenemos tiempo de pensar en todo tranquilamente. Por ejemplo, en cómo vamos a llevar tu ataúd hasta Pequeño-Oldenbüttel.

El vampiro se encogió de hombros.

—¿Y si se pierde por el camino? —gritó—. ¡Entonces estoy apañado!

—En efecto. Por eso tenemos que planear todo meticulosamente. Podríamos quizá...

En ese momento oyeron voces en la puerta del piso.

—¡Mis padres! —exclamó asustado Anton—. Ellos no vuelven nunca tan pronto.

El vampiro había saltado de improviso al poyete de la ventana, donde estaba extendiendo su capa.

—¡Vuelve mañana por la noche! —le gritó Anton—. Hablaremos entonces de todo lo demás.

Nervios irritables

Anton cerró la ventana, echó las cortinas y empezó a doblar el mapa. Su madre llamaría en seguida, ya que habría visto luz por debajo de su puerta.

—Anton, ¿todavía estás despierto? —preguntó, ahora dando golpes en la puerta.

—Humm —gruñó él.

Ella entró y le miró sorprendida.

—¿Todavía no te has desnudado?

—No.

—Y aquí vuelve a haber un aire sofocante...

Con pasos rápidos fue hacia la ventana y la abrió de par en par.

—Antes de irte a dormir tienes que dejar que se ventile, Anton. ¡El aire viciado no es sano!

—Sí, sí —dijo Anton, riéndose para sus adentros.

Al fin y al cabo ella no podía saber que era la marca de olor especial de Rüdiger lo que ella había olido.

—¿Por qué habéis vuelto tan temprano? —preguntó.

—Seguro que tú aún tenías algo previsto.

—No. Sólo quería...

—... ver un poco la televisión, ¿no es cierto?

—¿Yo? ¿Ver la televisión? ¡He estado mirando el mapa!

Como de todas maneras no conseguía doblarlo correctamente, volvió a desplegarlo sobre el suelo.

—Quería saber qué hay en los alrededores próximos a Pequeño-Oldenbüttel.

—¿Y qué has encontrado?

—Totenbüttel..., eso suena bastante interesante. ¿Acaso habrá allí... vampiros?

—¡Vampiros, vampiros!

De repente la voz de su madre sonó enfadada.

—¡Tú no debes tener ninguna otra cosa en la cabeza! ¡Eso es sólo por las historias de vampiros que lees continuamente!

Ella fue hasta la estantería de libros y sacó los preferidos de Anton.

—*Drácula...*, *La Venganza de Drácula...*, *Vampiros. Las Doce Historias Más Terribles...*, *En la Mansión del Conde Drácula...*, *Carcajadas desde la Cripta...*

Uno tras otro iba dejando caer los libros encima de la cama.

—Sólo con leer los títulos me corren ya escalofríos por la espalda.

Cada vez que caía un libro en la cama, Anton se estremecía dolorido. Sin embargo, no decía nada sobre ello para no irritar aún más a su madre; si no, quizá le quitara los libros.

—Tienes los nervios irritables, ¿eh? —dijo solamente, mientras cogía los libros y los volvía a colocar cuidadosamente en el estante.

—¿Acaso tú no? ¡Si pudieras oír cómo te quejas y gritas a veces mientras duermes!

—Es porque estoy soñando con el colegio.

—Ya, ya. ¿Tenéis entonces una Dorothee en el colegio?

—¿Dorothee?

Anton se puso pálido.

—La última noche gritabas: «¡Tía Dorothee, por favor, no me muerdas!» ¿Puedes explicarme eso?

—Bueno, ésa... —buscó a trancas y barrancas las palabras—, ésa es la señora de la limpieza. Ella... tiene unos dientes tan puntiagudos... Y hace poco me dejé olvidada la bolsa de deportes en la clase y volví a entrar, y entonces... entonces ella me miró con sus dientes puntiagudos de una manera que...

Había empezado realmente a sudar durante su relato. Su madre simplemente se reía incrédula.

—Tal y como te conozco, tú no moverías un dedo por una bolsa de deporte olvidada.

—Había dinero dentro —dijo rápidamente.

¡Que su madre tuviera que descubrir siempre sus intrigas! Él podía idear las cosas más increíbles, pero a pesar de ello siempre le pillaba. Sólo servía una cosa: decir la verdad.

—Bueno.

Tomó aire profundamente.

—Tía Dorothee es la tía de Rüdiger, el pequeño vampiro, de Ana la Desdentada y de Lumpi el Fuerte. Además, ella es el vampiro más peligroso de la familia von Schlotterstein.

Durante un momento su madre estuvo demasiado desconcertada para poder contestar. Luego sus ojos empezaron a echar chispas, y exclamó:

—¡Ya no puedo soportar más esas eternas historias de vampiros!

—Papá, al parecer, sí —opinó Anton.

—¿Por qué?

Anton señaló con una inclinación de cabeza la puerta entornada.

—Acaba de encender la televisión. Precisamente ponen una película de vampiros: «Drácula, El Caminante Solitario».

El sonido de la televisión llegó suave hasta ellos.

—Estás sospechosamente bien enterado —dijo la madre.

Él notó cómo se ponía colorado. Naturalmente no podía reconocer que ya, durante toda la tarde, se había alegrado por la película.

—Entonces es verdad.

—¿El qué?

—Que querías ver la televisión. Y si nosotros no hubiéramos llegado tan pronto...

—¡Pero, mamá! —se indignó Anton.

—Sí, sí —dijo la madre—. Sólo que esta vez no te saldrás con la tuya, porque ahora te vas a desnudar y te vas a la cama.

—Sí —gruñó Anton, intentando poner una cara compungida.

Sin embargo, tuvo que morderse los labios para no reírse: ¡su madre, al parecer, había olvidado que él tenía una televisión propia en su habitación!

Malos libros

Durante el desayuno del día siguiente dijo su padre:

—¿Y entonces ahora sí que tienes ganas de ir a la granja?

—Humm —murmuró ambiguamente Anton.

—No podía imaginarme otra cosa —declaró el padre.

Se sirvió otra taza de café y dijo apasionadamente:

—El sueño de todo chico de gran ciudad: trepar a los árboles, construir cabañas, cazar con papelillos, caminatas nocturnas...

Anton levantó sorprendido la vista de su plato.

—¿Es que vamos a hacer esas cosas? Yo pensaba que vosotros sólo queríais pasear.

Los padres cambiaron una mirada.

—Naturalmente, sobre todo pasaremos —dijo entonces el padre—. Realmente nos gustaría descansar. Y las cazas con papelillos son quizá algo demasiado agotador para nosotros.

Cuando vio la cara de decepción de Anton añadió rápidamente:

—Pero en la granja hay suficiente variedad para ti. Puedes ayudar a dar de comer a los animales, ir al campo con el granjero... Y, además, están también los hijos de la familia. ¿No tiene el chico la misma edad que tú?

—Anton es un año más pequeño —dijo la madre.

—Bah, ése —dijo Anton, denegando con un ademán—. Ese sólo se interesa por los caballeros. Me ha contado que tiene quinientos en su habitación.

El padre se rió.

—Entonces sí que hacéis buena pareja. ¡El tiene sus caballeros, tú tienes tus vampiros!

Anton jadeó. ¡Eso sí que era monstruoso! ¡Equiparar caballeros con vampiros!

—¡Los caballeros desaparecieron ya hace siglos! —exclamó—. ¡La caballería forma parte de la más sombría Edad Media!

—¿Pero, hay vampiros todavía? —preguntó mordaz la madre.

—Naturalmente que no —dijo, reprimiendo con esfuerzo la risa—. Los vampiros sólo existen en los libros... En los malos libros —completó—. ¿O no?

¿Cómo van de viaje los vampiros? Con ello estuvo Anton quebrándose la cabeza el domingo entero. Pero en lugar de una solución sólo se le ocurrían siempre nuevas dificultades. El problema empezaba con que los vampiros tienen que dormir siempre en su propio ataúd. O sea, que sólo pueden ir de viaje si llevan consigo sus ataúdes. Pero, ¿cómo? En una maleta no cabía. Y llevar el ataúd debajo del brazo mientras volaba tampoco podía hacerlo un vampiro.

«¿Y si lo facturara en el furgón de equipajes?», pensó Anton. Él había leído a menudo en el periódico que a la gente que moría durante los viajes la llevaban de vuelta a su ciudad natal en el ataúd. Sólo que, ¿no desconfiarían los empleados del tren si él, Anton, quisiera entregar un ataúd como equipaje?

Suspiró. ¡Si al menos tuviera a alguien con quien poder hablar de ello! Pero ante sus padres tenía que mantenerlo todo en secreto, y el pequeño vampiro no quería que le importunaran con

problemas.

La mirada de Anton cayó sobre sus libros: ¿No habría ninguna historia en la que un vampiro fuera a hacer un viaje y de la que él pudiera aprender cómo organizarlo?

Sí: ¡*Drácula*..., el libro de Bram Stoker! ¡Allí el Conde Drácula quería trasladarse desde su castillo de Transilvania a Inglaterra!

Excitado, Anton cogió el libro de la estantería. Hacía ya un par de meses que lo había leído y no podía acordarse de todos los detalles. Pero aún sabía que en los preparativos del viaje jugaban un papel importante cincuenta grandes cajas. El libro empezaba con las descripciones del diario de Jonathan Harker, un abogado de Inglaterra a quien Drácula había llamado a su castillo.

«30 de junio, por la mañana...», leyó Anton, «la gran caja estaba todavía en el mismo sitio, muy pegada al muro; la tapa ya estaba encima, pero aún no estaba sujeta; los clavos estaban metidos en la madera y sólo había que clavarlos más... Levanté la tapa y la apoyé en la pared... Allí yacía el conde, pero parecía como si su juventud hubiera vuelto de nuevo... la boca estaba más roja que nunca, pues sobre los labios había gotas de sangre fresca... Mientras escribo esto se oye abajo, en el pasadizo, el ruido de pies que se arrastran y el estrépito de pesadas cargas, por lo visto de las cajas llenas de tierra. Se oye martillar algo; es la caja que la están claveteando...»

La caja... era el ataúd de Drácula. ¿Pero para qué necesitaba él las otras cajas? ¿Para que no pudieran encontrarle tan fácilmente? Con una sola caja podía suceder fácilmente que alguien la abriera, pero con cincuenta... «No es mala idea», pensó Anton admirado. Desgraciadamente, Rüdiger y él no podían tomarlo en consideración, pues ellos ni tenían carrozas para meter las cajas ni iban a hacer un viaje en barco.

Fuera empezaba ya a oscurecer. El padre de Anton vino y trajo un plato con bocadillos y un vaso de leche.

—Mamá piensa que ya es hora de que te acuestes —dijo, colocando el plato junto a Anton encima de la cama.

Con curiosidad, se inclinó intentando leer el título del libro.

—¿Historias de vampiros? —preguntó.

—Tengo que resolver un problema —declaró Anton con mucha dignidad, cerrando el libro. Lo dejó encima de su almohada con el dorso hacia arriba y cogió un bocadillo de queso.

—Quizá puedas ayudarme —dijo.

—¿Yo?

—Tú trabajas en una casa de venta por correspondencia, ¿no?

—Sí...

—Entonces tendréis a menudo cosas que enviar.

El padre se rió.

—Efectivamente.

—Tengo un amigo —dijo Anton— que querría enviar algo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿El qué?

—Una caja. Aproximadamente así de grande —Anton extendió los brazos—. Quizá incluso más grande aún.

—Bastante voluminosa, ¿no? —opinó el padre.

No parecía tomar demasiado en serio la pregunta de Anton.

—¿Y qué es lo que tiene tu amigo en su caja? ¿Perlas? ¿Oro? ¿Piedras preciosas?

Enfadado, Anton apretó los labios.

—Creía que me ibas a ayudar.

—¡Y lo voy a hacer! Pero, en definitiva, tengo que saber de qué clase de transporte se trata.

Y dirigiendo la mirada al libro de Anton añadió:

—También podría ser un ataúd de vampiro, ¿no? Y nosotros no facturamos cosas así. Nosotros somos una empresa decente.

En el primer momento, Anton había temido que su padre pudiera sospechar algo, pero luego se dio cuenta de que sólo quería tomarle el pelo. ¡O sea, que él tampoco tenía por qué tener pelos en la lengua!

Dijo sarcástico:

—¡Qué pena! Es que realmente se trataba de un ataúd de vampiro.

Naturalmente, su padre no le creyó una palabra.

—En un caso así —bromeó—, tu amigo debería dirigirse mejor a una funeraria.

Fue hacia la puerta.

—Por lo demás, mamá y yo nos vamos de paseo —dijo.

—¿Estaréis fuera mucho tiempo? —preguntó Anton sorprendido.

—Cuando volvamos espero que tú estés durmiendo —contestó el padre—. Mañana tienes colegio.

—¿Crees tú que podía olvidarlo?

«Muftí Super»

«¡Esto va a pedir de boca!», pensó Anton cuando poco después de que se fueran sus padres llamaron suavemente a la ventana.

Contento, corrió a un lado las cortinas..., y se quedó helado.

Fuera, en el alféizar, había alguien acurrucado mirándole con los ojos muy abiertos, y aunque la figura estaba en la oscuridad y se había subido su capa hasta la barbilla, Anton creyó reconocer claramente que no era el pequeño vampiro. ¿Sería Tía Dorothee? Le recorrió un pánico helado, y echó a toda prisa las cortinas.

Entonces volvieron a llamar y una voz clara exclamó:

—¡Soy Anna!

¡La hermana pequeña de Rüdiger! Aliviado, pero también un poco enfadado, Anton abrió la ventana y la dejó entrar.

—¿Tienes que asustarme así? —gruñó.

Anna se alisó la capa riéndose para sus adentros. A la clara luz de la lámpara de su escritorio él se dio cuenta de que el pequeño y redondo rostro de ella tenía un aspecto inusualmente sonrosado. Sus cabellos estaban peinados y separados de la cara con dos prendedores.

—Sólo quería ver si conocías a otras chicas-vampiro —dijo bromeando—. Si tú, por ejemplo, hubieras exclamado «¡Hola, Julia!», no te hubiera invitado a mi fiesta de aniversario como vampiro.

—¿Fiesta de aniversario como vampiro?

—Un día como hoy yo me convertí en vampiro —aclaró orgullosa—. Mi cumpleaños, por así decirlo. El único día festivo que conocemos nosotros, los vampiros. Mira lo que me ha regalado Rüdiger.

Sacó de debajo de su capa un libro gastadísimo de tanto leerlo y se lo enseñó.

—¡Es muy interesante!

—Lo sé —contestó Anton, que conocía perfectamente el libro: era *Mordiscos sangrientos*, y se lo había prestado él al pequeño vampiro hacía un par de semanas.

—¿Cómo? ¿Lo conoces? —preguntó Anna.

—No, no —dijo rápidamente—, sólo creía.

—Y Lumpi me ha regalado los prendedores para el pelo —contó ella.

«No parecen demasiado nuevos», pensó Anton, «pero así y todo es amable por parte de Lumpi haberle regalado algo a su hermana».

—¡Y ahora el regalo más hermoso! —dijo ella—. Lo llevo puesto, pero no puedes verlo.

—¿No puedo verlo? —se asombró Anton.

—Sólo... olerlo.

—¡Ah, vaya!

Entonces sí que no se había equivocado cuando creyó advertir en Anna un olor extrañamente penetrante.

—¿Un perfume nuevo? —preguntó.

—¡Exacto! —exclamó—. Especial para mí: «Muftí Super».

Anton tragó saliva. El «Muftí Elegante» que Anna había usado antes ya era malo, pero el «Muftí Super»... Este olía a queso del Harz, pies sudados y bombas fétidas.

—¿Y qué más te han regalado? —preguntó rápidamente, antes de que ella pudiera preguntarle si le gustaba el perfume.

Ella titubeó, y una sonrisa embarazosa apareció en su rostro.

—¡Sólo te lo diré sí no te ríes!

Echó mano debajo de su capa y sacó un chupete. Era un chupete alargado y ya bastante roído, con una embocadura blanca y sucia y una anilla a través de la cual pasaba un cordón de zapato.

Anton se tuvo que morder la lengua para no reírse. ¡Anna con chupete! ¡Eso era ridículo!

Ella lo había observado temerosa. Pero al permanecer él serio y al contraerse más bien sus rasgos doloridos, porque le dolía la lengua, ella suspiró aliviada.

—Es para el cuidado de los dientes —aclaró—. Todos los vampiros adolescentes deben llevarlo para que los dientes delanteros se queden pequeños y los colmillos se vuelvan bien largos.

Anton se sobresaltó. Hasta ahora ella había sido Anna la Desdentada y se había alimentado de leche.

—¿Te saldrán entonces colmillos? —preguntó.

—Bueno, sí —dijo zafándose—, un poco..., pero mi chupete lo llevaré la mayor parte del tiempo en el ataúd —añadió rápidamente—, y si no, sólo cuando me apetezca.

Ella volvió a hacerlo desaparecer bajo su capa.

—¡Pero ahora tenemos que salir volando! —dijo enérgicamente.

—¿Y a dónde?

—¡A la cripta, naturalmente!

—¿A la cripta? —exclamó desconcertado Anton—. ¿Y qué vamos a hacer allí?

—Celebrar mi aniversario como vampiro —dijo Anna alegremente.

Él notó cómo su corazón latía más de prisa. Las fiestas de cumpleaños las conocía; eran divertidas y estaban bien. Pero fiestas de aniversario como vampiro... Seguro que eran horribles.

¿Acaso Anna tendría ya dientes de vampiro y querría probarlos en él en la cripta? Se sintió muy extraño, y tuvo que apoyarse con ambas manos en el tablero del escritorio.

—Yo..., yo no puedo de ninguna manera —balbució—. Tengo que esperar a Rüdiger.

—¡Pero si él está ya en la cripta!

Ella le tendió una segunda capa que había mantenido oculta debajo de la suya.

—¡Ahora ven! —dijo—. Si no, Lumpi se va a impacientar.

—¿Lumpi también participa?

—Seguro —repuso Anna—. Las fiestas de aniversario como vampiro son su pasión.

—¿Y los o... otros parientes? —preguntó Anton—. ¿Tía Dorothee y Wilhelm el Tétrico y Hildegard la Sedienta y Sabine la Horrible y Ludwig el Terrible?

—Se han marchado todos.

Se produjo una pausa. Anton observó indeciso la capa comida por las polillas y con olor a podrido que tenía en sus manos, mientras, Anna subía al poyete de la ventana.

¿Debía realmente volar con ella?

En cualquier caso, allí encontraría a Rüdiger, que, siendo el aniversario como vampiro de su hermana, seguro que no iría a su casa aunque ellos hubieran quedado. Y ya no quedaba mucho tiempo para el domingo siguiente...

—Está bien —dijo con voz bronca, se echó por encima la capa y trepó hacia donde estaba Anna encima del poyete de la ventana. Después ella extendió los brazos y salió volando.

Él la siguió inseguro.

En el aire

Como siempre que llevaba una capa de vampiro y podía volar, Anton tenía una extraña presión en el estómago. Titubeando, movió arriba y abajo los brazos y miró de reojo con temor hacia abajo, donde, desde seis pisos de altura, los coches parecían juguetes de niños.

Pero luego sintió que el aire le llevaba. Sus movimientos se hicieron más potentes, sus impulsos más regulares. Era como si nadara..., sólo que mucho más fácil y con mucho menos esfuerzo.



—Vuelas ya como un auténtico vampiro —dijo Anna, que se deslizaba tranquilamente junto a él.

—¿De veras? —dijo sonrojándose.

Aunque con toda seguridad ella lo había dicho con buena intención, a él le sobrecogió una desagradable sensación al oír sus palabras: ¿Acaso estaría empezando a transformarse en vampiro?

Por otra parte, sabía que un ser humano solo podía convertirse en vampiro al ser mordido por uno de ellos...

Su sospecha de que Anna pudiera querer probar en él sus nuevos dientes en la cripta volvió a despertar, y la miró temeroso de soslayo. A la luz de la luna producía un efecto curiosamente extraño. Su rostro relucía como una flor blanca bajo sus oscuros cabellos. Sus labios estaban

ligeramente abiertos, y él vio sus dientes, pequeños y redondos como perlas. No pudo reconocer los colmillos, si es que realmente le habían salido. ¿No se estaría él mismo convenciendo de sus temores?

—¡Cuidado! —Anna le sacó de sus pensamientos.

A punto estuvo de no ver la chimenea que sobresalía delante de ellos. En el último momento pudo esquivarla en el vuelo.

—¡Tienes que prestar más atención! —dijo Anna con reproche—. El aire está lleno de peligros. Allí detrás, por ejemplo, veo a Tía Dorothee.

—¿Quééé, qué? —tartamudeó Anton.

Del susto se olvidó de mover los brazos. Anna le agarró de la capa antes de que pudiera caerse desde lo alto.

—Vuela hacia un baile de los bomberos —le tranquilizó—. Eso me ha contado ella.

Suspiró aliviado. ¡Ahora ya no tenía que temer que Tía Dorothee apareciera por sorpresa en la cripta mientras ellos celebraban allí el aniversario como vampiro de Anna!

Ante ellos estaba el viejo y desmoronado muro del cementerio. Rodeaba la parte trasera y abandonada del cementerio, en la que había cruces y lápidas volcadas entre la hierba, que llegaba a la altura de la rodilla, y por la que sólo raramente se perdía algún visitante. Aquí se habían construido los vampiros de la familia von Schlotterstein su cripta subterránea para estar seguros frente a la persecución de Geiermeier, el guardián del cementerio.

Anna voló lentamente a lo largo del muro acechando intensamente en la oscuridad.

Anton, que la seguía a cierta distancia, preguntó susurrando:

—¿Ves a Geiermeier?

Ella negó con la cabeza.

—Probablemente estará en su casa cortando estacas de madera —dijo ella agria.

Atravesaron el muro y aterrizaron delante de un alto abeto. Anna levantó rápidamente una piedra cubierta de musgo que estaba oculta al amparo del abeto. Era la entrada a la cripta.

—Ven —susurró a Anton.

Luego desapareció en el interior de un estrecho pozo. Anton se deslizó detrás de ella y volvió a correr la piedra sobre el agujero.

Holgazanes

Les golpeó un olor a moho y a «Muftí Super», que a Anton casi le dejó sin respiración. Bajó a tientas las escaleras detrás de Anna con las piernas flojas; el corazón, mientras tanto, se le salía por la boca.

¿Por qué habría sido tan tonto de ir con ella? Ya habría habido otra ocasión para hablar con Rüdiger. Aquí abajo estaba a merced de Lumpi..., de Lumpi y de todos los demás vampiros, que podían regresar en cualquier momento..., ¿o acaso estarían ya acechándole?

Pero a la luz de las velas sólo vio a Lumpi y a Rüdiger, que estaban echados en sus ataúdes. Los demás ataúdes estaban cerrados.

Anton respiró: entonces era verdad que los parientes se habían marchado... De todas formas, le pareció aconsejable ser precavido, y por eso se quedó parado en el último escalón, allí donde estaba más oscuro.

Anna corrió hacia los dos ataúdes abiertos y gritó indignada:

—¡Vagos! ¿No me habíais prometido que ibais a preparar todo para mi fiesta de vampiro?

Rüdiger se levantó del ataúd poniendo una cara compungida.

—Mi libro estaba tan interesante... —dijo.

—¿Y Lumpi?

—Se ha dormido.

—¿Y mi fiesta de aniversario como vampiro? ¿No ibais a juntar los ataúdes y adornar la cripta?

—Sí —dijo apocado Rüdiger—, ya habíamos empezado.

—¿Y entonces?

—Entonces se le quedaron los ojos en negro y tuvo que acostarse.

—¡Su truco de siempre! —protestó Anna—. ¿Qué va a pensar Anton de nosotros ahora?

—¿Anton? —preguntó sorprendido Rüdiger—. ¿Es que está aquí?

—Sss, sí —dijo Anton, dando un par de pasos temerosos hacia el interior de la cripta—. Pero puedo volver a irme ahora mismo —balbució—. Po... por mí no tenéis que molestaros.

—¡Sólo faltaba eso! —exclamó Anna furiosa—. No, tú te quedas. Una invitación es una invitación. ¡Ven, Rüdiger, tenemos que despertar a Lumpi!

—¿Despertar a Lumpi?

Rüdiger la miró aterrado.

—¡Ya sabes cómo se pone si le molestan cuando está durmiendo!

—¡Ya estoy despierto! —gruñó entonces una voz ronca, y el rostro ceniciento de Lumpi asomó del ataúd—. Con el jaleo que estáis armando...

Sus ojos, que estaban en el interior de dos profundos huecos, estaban medio cerrados.

—Vosotros seguramente no habéis oído hablar nunca de lo que es tener consideración —bufó.

Rüdiger se apresuró a ayudarlo a salir del ataúd.

—Es sólo por el aniversario como vampiro de Anna —dijo intentando tranquilizarle—, y por Anton.

—¿¡Cómo he podido olvidarlo!?! —exclamó Lumpi, y de repente su voz sonó absolutamente amigable—. ¡Nuestra visita!

Se dirigió hacia Anton con una amplia sonrisa, le abrazó y graznó:

—¡Cordialmente bienvenido!

Anton se había puesto pálido como un muerto. Cordialmente..., eso sólo podía significar una cosa: ¡sangre!

Garras de depredador

Pero no se podía pensar en huir: Lumpi era mucho más grande y más fuerte que él, y sus manos le sujetaban como si fueran tornillos de banco.

Anton vio muy próxima su tez blanca, los rojos granos en la barbilla y en la punta de la nariz, los ojos peligrosamente brillantes con oscuras sombras, por debajo y la ancha boca con los colmillos inmaculadamente blancos y salientes. Y olió el aliento sepulcral de Lumpi... ¡Peor que el «Muftí Super»!

Se iba a desmayar en seguida, lo presentía. Pero entonces Anna se colocó junto a Lumpi, le tiró de la capa y dijo:



—Si tanto te alegras de que Anton esté aquí también podrías demostrárselo arreglando rápidamente la cripta para él.

—¿Arreglar la cripta? —opinó desabrido Lumpi—. Eso cuesta trabajo.

Al decir esto miró fijamente a Anton.

—Holgazán —contestó Anna, pero tan bajo que Lumpi no lo oyó.

—Tienes un bonito jersey —le dijo a Anton—. Pura lana virgen, ¿no?

—No... no sé —tartamudeó Anton, dando un paso hacia atrás.

Lumpi le tenía sujeto del jersey, haciendo como si examinara la tela.

—¿O es de fibra artificial? Déjame adivinarlo: ¡cuarenta por ciento de lana virgen y sesenta por ciento de fibra artificial! ¿Tengo razón?

De un fuerte tirón atrajo hacia sí a Anton y echó para abajo el cerrado cuello del jersey dejando al descubierto el de Anton. Éste vio, como entre niebla, acercarse la cabeza de Lumpi... inclinándose sobre su cuello...

Gritó aterrorizado.

Lumpi dejó caer las manos en seguida.

—¿Por qué te excitas? —gruñó—. Sólo quería leer la etiqueta que hay cosida por detrás en el jersey.

Volvió a su ataúd con pasos medidos y se sentó en el borde.

—Además, tenía razón —dijo—. Cuarenta por ciento de lana virgen y sesenta por ciento de fibra artificial.

Dicho esto, sacó de debajo de su almohada una lima de uñas y empezó a limarse las largas y arqueadas uñas de su mano izquierda. Al ver aquellas garras de depredador a Anton se le erizó el pelo.

Lumpi parecía completamente sumido en su trabajo. En sus labios había una sonrisa arrobada, y una y otra vez se detenía para observar sus uñas, que se iban afilando cada vez más.

—Vosotros podéis empezar —dijo con una voz suave.

Su tarea le tenía tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Empezar a qué? —exclamó Anna.

—A arreglar la cripta.

—Pero... —iba a protestar Anna, pero Rüdiger le dirigió una mirada suplicante agitando la cabeza con vehemencia.

Él fue rápidamente hacia los cinco ataúdes que estaban de pie apoyados en la pared de la izquierda y se dispuso a juntarlos para utilizarlos como asientos. Anna le ayudó a cogerlos haciendo rechinar los dientes.

—¿Os a... ayudo? —preguntó Anton.

—Tú no —dijo Anna—, pero...

—¿Sí? —dijo Lumpi aguzando el oído—. ¿Quién?

—Yo, naturalmente —dijo Anton con serenidad.

«¡No hay que irritar a Lumpi!», pensó. Se colocó a los pies del último ataúd, que debía pesar mucho, porque Anna y Rüdiger sólo podían moverlo hacia delante con gran esfuerzo. Reconoció con terror que aquél era el ataúd de Tía Dorothee... ¿Acaso estaría ella aún dentro?

Anna se había dado cuenta de su turbación, pues dijo en voz baja:

—Dentro están las joyas de la familia. Tía Dorothee las protege como a las niñas de sus ojos. Antes de salir volando ella mete siempre las joyas en su ataúd.

—¿Y pesan tanto las joyas?

—¿Qué te crees? ¡Todo es de oro!

—¿Es que los vampiros llevan joyas?

—Si quieren gustarle a alguien... Además, nosotros utilizamos las joyas como reserva. En

momentos de necesidad cambiamos a veces alguna joya por dinero en efectivo. Al fin y al cabo los vampiros no podemos abrir una cuenta bancaria.

—¡Eh! ¿Qué estáis cuchicheando?

Esa era la voz áspera de Lumpi.

—Estabais hablando de mí, ¿verdad?

—No, no —dijo rápidamente Anna—. Hablábamos de la disposición de los asientos. Dos ataúdes los hemos puesto de mesa y los otros tres de bancos. ¿Está bien así?

—¿Has dicho tres bancos? ¡Pero si somos cuatro!

Lumpi reflexionó. Después exclamó contento:

—¡Naturalmente! ¡Anton y yo nos sentaremos en un ataúd!

—¡Oh, no! —se le escapó a Anton.

—¿Por qué no? —preguntó Lumpi.

Había vuelto a dejar la lima de uñas en el ataúd y se había levantado.

—Quizá juguemos a las adivinanzas. Así te podría apuntar.

—Pre... preferiría sentarme al lado de Anna —tartamudeó Anton—. Al... al fin y al cabo es su aniversario como vampiro.

—Como quieras —dijo enfadado Lumpi, se dio la vuelta y se metió en su ataúd—. Yo, de todas maneras, no había terminado de arreglarme las uñas.

Volvió a resonar el ruido de la lima de uñas al rascar.

—Tanto mejor —dijo Anna mordaz—. Así al menos habrá un ataúd para cada uno. ¡Ven, Anton!

Comer y beber

Anna le puso la mano en el hombro y le condujo hasta el rincón donde iban a sentarse.

—¡Ahora vamos a ponernos a gusto! —dijo ella contenta.

¡Como si allí, a cuatro metros bajo tierra y en compañía del imprevisible Lumpi, pudiera uno sentirse a gusto!

Anton se sentó angustiado en el ataúd que estaba más próximo a la salida de la cripta, mientras que Anna tomó asiento en el ataúd que había a su lado.

—Seguramente tendrás sed —dijo ella—. Creo que en las fiestas de cumpleaños hay muchas cosas de beber y de comer, ¿no?

—Humm, humm —dijo Anton asintiendo.

—¿¡Lo ves!?! —le dijo a Rüdiger, que estaba apoyado en la pared leyendo su libro.

Lo dejó caer sorprendido.

—¡Qué bien que tenga aún las bebidas! —suspiró ella—. Por favor, Rüdiger, tráenoslas.

—¿Be... bebidas? —tartamudeó Anton.

¿Qué es lo que podría haber de bebida en una fiesta de vampiros? Pensó, estremeciéndose, en botellas de cristal transparente llenas de sangre hasta el borde...

Pero lo que Rüdiger colocó delante de él en los ataúdes convertidos en mesa eran cajitas de leche y cacao: veinte cajitas, o más. Estaban en los pies del ataúd de Anna, metidas en tres bolsas ya bastante cubiertas de polvo.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó orgullosa Anna.

Anton miró fijamente y sin hablar el montón de cajitas, que hubieran podido llenar una pequeña lechería.

—Yo... —murmuró.

«No tengo sed», hubiera querido añadir, pero prefirió no decir nada para no enfadar a Anna.

Ella sacó de una de las bolsas una paja partida y la metió en el agujero, previamente punzonado, de una cajita de cacao.

Satisfecha, le tendió la caja a Anton.

—¡Pruébalo!

—Gra... gracias.

Cogió de mala gana la cajita, que, a pesar de que ponía «Bebida de Cacao. Siempre Fresca y Rica», no tenía una pinta muy apetitosa; al contrario: el paquete tenía una delgada capa de polvo y sus esquinas estaban hundidas.

—¿Y vosotros? —preguntó—. ¿No tomáis nada?

Anna y Rüdiger cambiaron una mirada, riéndose entre dientes.

—Anna ya no toma leche —aclaró Rüdiger.

—¿No toma leche? —dijo Anton—. Pero...

—Ni cacao tampoco —completó Rüdiger.

—Entonces, ¿para quién son tantas cajitas?

—Para ti —contestó Anna.

—¿Todas?

—Bueno... —dijo Anna sonriendo vergonzosa—. En principio eran para mí, pero ahora...

No siguió hablando, sino que volvió rápidamente la cabeza. A Anton aún le había dado tiempo de ver cómo ella se había ido poniendo cada vez más colorada.

Entonces volvió a acordarse del asunto del chupete que ella debía llevar para que le salieran unos colmillos bien largos. O sea, que ella... ¡se había convertido en vampiro!

Notó cómo le temblaba en la mano la cajita de cacao. Y los vampiros también lo vieron. Pe pronto, le pareció que todos le miraban fijamente. Incluso Lumpi había dejado de limarse las uñas.

—¿Por qué no lo pruebas? —exclamó, y su voz sonó amenazadora.

—Ya... ya lo pruebo —tartamudeó Anton, y dio una fuerte chupada con la paja.

¡A punto estuvo de escupir el cacao por lo nauseabundo que era su fuerte y picante olor a jabón! Pero entonces su mirada cayó en los vampiros, que le observaban expectantes.

—Muy ri... rico —tartamudeó.

—¡Hombre! —gruñó Lumpi—. ¡Faltaría más!

Y Rüdiger añadió:

—¡Al fin y al cabo, Anna ha guardado desde hace mucho tiempo las cajitas sólo para él!

Anna sonrió halagada.

—En definitiva, ya no las necesito.

Y a Anton le dijo:

—Cuando te la termines de beber avisas, ¿vale? Entonces te daré otra cajita.

Anton asintió débilmente.

Se ponía malo ante la idea de tener que tragar más de aquel brebaje podrido. Pero ya sabía lo que iba a hacer: ¡Haría como si bebiera para así poder tirarse toda la noche con una cajita!

Anna se levantó, alisó su capa y se retiró el pelo de la cara.

—¡Y ahora —dijo—, una vez que hemos solucionado la comida y la bebida, empieza la parte alegre de la fiesta!

Carreras de ataúdes

Pero no se podía pensar en huir: Lumpi era mucho más grande y más fuerte que él, y sus manos le sujetaban como si fueran tornillos de banco.

—¡Oh, sí! —dijo presuroso Lumpi, saliendo de su ataúd—. ¿Con qué empezamos?

—Sí. ¿Con qué empezamos?

Anna se volvió hacia Anton y le miró interrogante.

—¿A qué jugáis vosotros en las fiestas de cumpleaños?

Anton titubeó. ¡Un inofensivo juego de grupo podría ser, dadas las circunstancias, mortalmente peligroso si se jugaba con vampiros en una cripta!

No podía ser de ninguna manera un juego en el que se tuvieran que apagar las velas. ¡Habría que ver lo que haría Lumpi en la oscuridad!

Ni al escondite... ¡Había el peligro de que Anton tuviera que meterse en un ataúd!

—Carreras de sacos —dijo finalmente.

—¿Carreras de sacos?

Anna arrugó la nariz.

—Eso suena aburrido.

—A mí también me lo parece —corroboró Rüdiger—. Además, no tenemos sacos.

—Un momento —exclamó Lumpi—. Eso me da una idea. Carreras de sacos, carreras de sacos... Ya lo tengo: ¡Carreras de ataúdes!

—¿Carreras de ataúdes?

La voz de Anna siguió sin sonar especialmente entusiasmada.

—¡Sí! Colocaremos varios ataúdes uno detrás de otro, con intervalos de diferente longitud, y entonces tendremos que saltar de ataúd en ataúd sin caernos. ¡Quien lo consiga habrá ganado!

—¿Eso es todo? —dijo de mal humor Anna.

—¡Ya veréis!

Lumpi puso las tapas a su ataúd y al de Rüdiger. Después empezó a preparar la pista de obstáculos. En primer lugar puso su propio ataúd, cuyo único adorno era una «L» rodeada por un dragón con dos cabezas.

Luego le siguieron el ataúd de Rüdiger y el de Anna, ambos sin ningún adorno y mucho más pequeños que el de Lumpi.

Al final del recorrido puso un gran ataúd con asas doradas en los lados. Ese era —creía recordar Anton— el ataúd de Hildegard la Sedita, la madre de Lumpi, Rüdiger y Anna.

Los dos primeros ataúdes estaban bastante juntos el uno del otro, según le pareció a Anton. Pero la distancia entre el segundo y el tercer ataúd ya era mayor. El espacio que había entre el ataúd de Anna y el de Hildegard, sin embargo, le pareció enorme.

—Yo eso no lo conseguiré nunca —murmuró.

—Tampoco tienes por qué ganar siempre —dijo cáustico Lumpi.

Sacó una caja de cerillas de debajo de su capa, cogió tres cerillas e hizo con ellas trozos de diferente tamaño. Luego colocó las cerillas entre los dedos de su mano izquierda, de tal manera

que todos parecían igual de largos.

—Saca tú primero —dijo, señalando a Anton con una inclinación de cabeza.

Una vez que todos, excepto Lumpi, habían sacado una cerilla, compararon la longitud de sus trozos. Rüdiger tenía el más corto y le tocaba empezar.

Consiguió fácilmente saltar desde el primer ataúd al segundo. Pero al dar el segundo salto se enredó con su capa y se cayó al suelo.

Se levantó lentamente y se preparó para dar el último salto. Esta vez tampoco lo consiguió. Chocó contra la pared del ataúd de Hildegard la Sedienta. Volvió cojeando, arrastrando su pierna derecha y más pálido aún de lo habitual.

—Un punto —anunció Lumpi.

Ahora le tocaba a Anton.

Saltó sin dificultad del ataúd de Lumpi al de Rüdiger. La distancia que había hasta el siguiente ataúd, el de Anna, era ya mayor. Pero lo consiguió.

—¡Bravo, Anton! —exclamó Anna.

—¡Psst! —dijo lúgubre Lumpi—. ¡No vale decir nada!

Ya sólo quedaba un ataúd... Anton respiró profundamente y saltó. Sus rodillas golpearon contra la madera.

—¡Ay! —gritó.

Regresó a la salida con la cara contraída por el dolor.

—Dos puntos —dijo Lumpi.

Ahora le tocaba a Anna. Parecía pequeña y quebradiza con su amplia y demasiado larga capa que le llegaba casi hasta los tobillos. Anton notó cómo su corazón latía más de prisa... ¡Por ella!

Entonces saltó ligera como una pluma. Ya había superado los dos primeros obstáculos. «¡Ten cuidado!», iba a exclamar Anton cuando ella pasó silbando por el aire; aterrizó en el último ataúd..., y se resbaló.

—Mala suerte —dijo Lumpi solamente—. Dos puntos, como Anton.

—¡Pero yo soy la más pequeña! —dijo con arrogancia.

Mientras tanto, Lumpi se había subido a su ataúd y hacía flexiones con las rodillas para relajarse. Comparado con Anna era tremendamente grande, tenía hombros anchos y pantorrillas musculosas.

No era ningún milagro que saltara fácilmente de ataúd en ataúd. Cuando llegó al último levantó los brazos y exclamó con júbilo:

—¡Lumpi, el mejor saltador de ataúdes de todos los tiempos!



—¡Ya podrás! —gruñó Anna.

—¿Decías algo? —dijo Lumpi, fingiendo ser campechano.

Sus ojos, sin embargo, miraban tan funestos como siempre.

—No, no —dijo rápidamente Anna.

—Anna sólo quería decir que sabes saltar muy bien —aseguró Rüdiger—. ¿No es cierto?

Lumpi se estiró y respiró profundamente.

—Con mi alimentación y modo de vida...

Al decir esto miró fijamente el cuello de Anton, y sin darse cuenta dejó al descubierto sus terribles dientes.

—¡Eh! —exclamó Anna—. ¡Ahora estamos jugando, Lumpi!

Lumpi se encogió de hombros. Retiró la vista de mala gana.

—¿A qué? —preguntó de mal humor.

«Ratoncito, Di pip»

—Yo sé un juego —dijo el pequeño vampiro.

—¿Tú? —dijo incrédulo Lumpi.

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—«Ratoncito, Di pip.»

—¡Pip, pip!

Lumpi se dio golpecitos en la frente.

—Ese juego te lo has inventado.

—No —dijo Anton—. Ese juego existe realmente.

—¿Y de qué lo conoces? —le increpó Lumpi a Rüdiger.

—Bueno...

Rüdiger puso gesto de darse importancia y carraspeó.

—Los niños estaban sentados en círculo...

—¿Qué niños?

—Los niños que estaban en aquella habitación que parecía tan cálida y confortable. Yo estaba agazapado en el poyete de la ventana, mirándoles muerto de frío y hambre. En medio del círculo había un niño con los ojos tapados. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y luego se sentó en las rodillas de otro. «¡Ratoncito, di pip!», dijo. El niño contestó con voz alta y clara: «pip». Y entonces el niño de los ojos tapados tenía que acertar en las rodillas de quién estaba sentado.

A Lumpi pareció gustarle el juego, pues en su cara se extendió una sonrisa.

—No está mal tu «Ratoncito, pip, pip» —opinó—. ¡Pero me pido ponerme en el centro!

Echó mano bajo su capa y sacó un pañuelo negro. Estaba lleno de agujeros de polillas.

—Pe... pero se puede ver a través de él —murmuró Anton.

—¿Y qué? —siseó Lumpi—. ¿Es que quieres que me caiga?

—Nnn..., no. Sólo que las reglas del juego...

—¡Bah, reglas! —dijo Lumpi, rechazando con un ademán cualquier otra objeción—. Más vale que me pongáis el pañuelo.

—En seguida —dijo Rüdiger.

Se subió a un ataúd y anudó el pañuelo en el cogote de Lumpi.

—¿Empezamos? —gruñó Lumpi.

—Ahora mismo.

Rüdiger empujó con esfuerzo los dos ataúdes que habían servido de mesa hasta la pared. Anna se quedó de pie riéndose burlonamente.

—Tú sí que te dejas mangonear bien —dijo ella.

—¿Por qué? —contestó Lumpi—. ¿No ha propuesto él el juego?

A través del pañuelo su voz sonaba apagada y lúgubre. Rüdiger hacía señas ostensibles con las manos a Anna de que no discutiera con Lumpi. Pero Anna hacía como si no le entendiera.

—Hubieras podido arrastrar los ataúdes tranquilamente —le dijo a Lumpi—. Al fin y al cabo

tú eres el más fuerte.

—¡En efecto! —dijo Lumpi con orgullo—. Pero no por eso tenéis que cargarme con todo el trabajo. Además..., si me sigues provocando le contaré a Tía Dorothee que Anton ha estado aquí.

—¿Qué? —se le escapó a Anton.

Miró aterrizado a Anna, pero ella sacudió casi imperceptiblemente la cabeza.

—No son más que palabrerías —susurró ella.

Contento con el efecto de sus palabras, Lumpi dio un par de pasos cautelosos.

—¿Estáis preparados? —preguntó.

Anna y Anton se sentaron rápidamente en el ataúd de Tía Dorothee. Rüdiger tomó asiento en el ataúd del centro.

—Ahora —exclamó.

Lumpi se acercó lentamente. Ofrecía un aspecto terrible: bajo la peluda melena estaba, en lugar de la cara, el pañuelo comido por las polillas y sus fuertes y peludos antebrazos asomaban de la ancha capa. Mantenía las manos extendidas hacia delante y movía sus largos y huesudos dedos buscando aquí y allá..., como si tuviera dificultades para tantear su camino. ¡Anna, Rüdiger y Anton sabían perfectamente que podía ver todo a través de los agujeros del pañuelo!

Al principio, pareció que iba a sentarse en las rodillas de Rüdiger. Anton respiraba ya cuando Lumpi, dando unos pasos vacilantes, dejó de lado a Rüdiger y se quedó delante de él. Luego se dio la vuelta y se sentó en las rodillas de Anton.

Anton tuvo la sensación de que iba a asfixiarse..., ¡por lo mucho que pesaba Lumpi y por lo penetrante que era el olor a moho que despedía!

—¡Ratoncito, di pip!

—¡Pip!

—¡Más alto!

—¡Piiip!

—¡Eres Anton! —exclamó Lumpi, se quitó el pañuelo de la cara y miró triunfante alrededor suyo—. ¿He ganado algo ahora?

—No. Pero puedes atarle el pañuelo a Anton —dijo Rüdiger.



Rodeó colérico con el pañuelo la cabeza de Anton y se puso a atarlo.

De repente pegó un grito. Fue un grito tan desgarrador que a Anton le entraron escalofríos por todo el cuerpo.

—¡Mi uña! —chilló—. ¡Se ha partido!

Se quedó mirando fuera de sí su dedo índice izquierdo.

—¡Mi hermosísima, mi larguísima uña! ¡La he protegido y cuidado semana tras semana! ¡Qué orgulloso estaba! Y ahora... —sollozó.

Entonces miró a Anton con ojos encendidos.

—¡Y todo por tu culpa!

—¿Po... por mi culpa?

—¡Tu cabeza tiene la culpa, sí señor! —aulló el vampiro—. ¡Tu melón, tu cabeza cuadrada, tu cabeza hueca, tu estúpida y más que estúpida mollera!

Corrió hacia su ataúd, sacó la lima de uñas y empezó a limarse salvajemente su uña.

—Tú mismo tienes la culpa —dijo Anna—. Si no sabes hacer un nudo...

—¿Cómo dices? —estalló Lumpi—. ¿Así me agradeces el haberme quedado tanto tiempo en la cripta? ¡Y sólo para que tuvieras un hermoso aniversario como vampiro! ¡Pero ahora se ha terminado!

Bufando de rabia volvió a tirar la lima de uñas al ataúd y se fue esparrancado hacia la salida de la cripta.

—¡Los hermanos mayores tenían que estar prohibidos! —le gritó Anna.

Pero Lumpi no contestó. Oyeron crujir la piedra..., luego todo se quedó en silencio.

El precepto es el precepto

—¡Ahora ha echado a perder todo el ambiente! —se quejó Anna.

—¡¿Por qué has tenido que discutir con él?! —dijo el pequeño vampiro.

—¿Por qué? —exclamó Anna—. ¡Porque no puedo soportar a los tiranos caseros!

—Podríamos seguir celebrándolo los tres —propuso tímidamente Anton para reconciliarlos.

Y quizá ahora, sin Lumpi, podía ser aún mucho mejor...

Pero Anna sacudió fuertemente la cabeza.

—¡No!

Se quitó los pasadores del pelo y los metió colérica bajo su capa.

—Lo que más me gustaría es ir al cine.

—¿Al cine? —dijo sorprendido Anton—. Pero el cine ya ha empezado hace mucho, y, además, a los niños no les dejan entrar.

Anna, testaruda, adelantó el labio inferior.

—Entonces iremos a una discoteca.

—Pero allí... —empezó Anton.

«Tampoco nos dejan entrar», iba a decir, pero con eso sólo hubiera conseguido irritar más a Anna.

—No tengo dinero —dijo por eso rápidamente.

—¿Dinero? ¡No hay problema!

Fue hacia el ataúd de Tía Dorothee y quitó la tapa. Apareció una vieja arca carcomida. Anna la abrió y sacó un par de monedas de oro. A la luz de las velas brillaban y relucían tanto, que Anton casi pierde la respiración.

—¿Hay suficiente con esto? —preguntó ella.

Antes de que Anton pudiera responder, Rüdiger se había interpuesto y le había sustraído a Anna todas las monedas de oro.

—¡Eso va contra los preceptos! —tronó él—. Las monedas de oro deben ser únicamente para casos de necesidad.

—¿Es que éste no es un caso de necesidad? —gritó Anna—. ¡Primero me arruináis la fiesta de aniversario como vampiro y luego, cuando quiero ir a una discoteca para sacarle al menos algún partido al aniversario, vas tú y no me dejas coger las malditas monedas de oro!

—El precepto es el precepto —repuso Rüdiger, volvió a dejar las monedas de oro en el arca y la cerró cuidadosamente.

Luego volvió a ponerle la tapa al ataúd de Tía Dorothee.

Anna agitó los puños airada.

—¡Tú, tú..., camello!

Rüdiger se rió burlonamente.

—¡Camello..., qué bonito!

—¡Zoquete relamido, grosero!

Las lágrimas salieron precipitadamente de sus ojos.

Inmediatamente se dio la vuelta y salió corriendo hacia la salida.

—Ya tengo bastante —exclamó—. ¡Me voy!

—Anna —dijo asustado Anton.

—Rüdiger te llevará a casa —sollozó ella; luego desapareció.

En el caso de los vampiros es diferente

Una fría ráfaga de aire recorrió la cripta, haciendo flamear las velas. Anton tiritó. Se acordó de que sus padres sólo querían dar un paseo. ¿No habrían regresado hacía ya mucho tiempo y notado que su cama estaba vacía?

—Me... me vas a llevar, ¿verdad? —preguntó temeroso.

—Si te esperas... —dijo el pequeño vampiro.

Se fue a su ataúd, quitó la tapa y se echó en él.

—Después de esta agotadora fiesta necesito antes un descanso.

—¡Pero yo tengo que irme a casa ahora! —protestó Anton.

El vampiro bostezó.

—No correrá tanta prisa.

Cogió su libro y lo hojeó hasta encontrar la página correcta.

—¡Ah! ¡La historia de Mrs. Lunt es tan emocionante!... —dijo entusiasmado—. Ahora voy justo por el pasaje en donde el marido está sentado en el sillón y aparece ese olor...

Se rió entre dientes.

—¿Sabes qué era lo que olía así?

Anton, naturalmente, conocía aquella historia de las Vampir-Stories, de Hugh Walpole. El olor procedía de Mrs. Lunt, que llevaba un año muerta. A pesar de ello negó con la cabeza.

—Lo he olvidado.

—Yo nunca olvido lo que he leído —afirmó el vampiro.

—Tú, en lugar de eso, olvidas devolver los libros.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cuáles?

—*Mordiscos Sangrientos*. ¡Incluso se lo has regalado a Anna a pesar de que es mío!

—Sólo se lo he prestado.

—Anna, sin embargo, me ha dicho que tú se lo habías regalado por su aniversario como vampiro.

—¿Y qué? Mañana ya ha pasado su aniversario como vampiro y entonces lo volveré a recuperar.

—Pero si le has regalado el libro...

—Es que en el caso de los vampiros es diferente.

—¡Eso es una guarrada enorme!

Aunque con ello le hiciera ponerse furioso a Rüdiger..., ¡él no podía callarse ante tales injusticias!

Pero el vampiro acarició aburrido la cubierta del libro.

—¿Podrías ahora dejarme que continúe leyendo? —refunfuñó.

—U... un momento —exclamó Anton con voz excitada.

¡Ahora se vería si el vampiro era un amigo de verdad o no!

—Tenemos que hablar de las vacaciones.

La expresión del rostro del vampiro se transformó repentinamente. Desapareció su mueca

hosca y empezó a reírse irónicamente. Tranquilamente preguntó:

—¿Por qué? Si está todo claro.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó sorprendido Anton.

—Eso quiere decir que me he decidido a ir.

Anton se quedó sin habla durante unos segundos.

Luego exclamó:

—¿De verdad que te vienes? ¡Oh, Rüdiger!

Con gran entusiasmo extendió los brazos y corrió hacia el vampiro.

—¡Eres un amigo de verdad!

—¿No es cierto? —sonrió el vampiro satisfecho consigo mismo—. Al contrario que Lumpi, que ha invitado a Jórg a nuestra cripta.

—¿A qué Jórg?

—Jórg el Colérico. Aquel que ganó en la fiesta de los vampiros el premio al aroma.

—¡Ah, ése!

Anton se acordaba muy bien del calvo y hercúleo vampiro que se había paseado fatuo y arrogante por el escenario dejándose olisquear por los miembros del jurado.

—¿No había ganado una manta guateada para el ataúd? —preguntó.

—¡Efectivamente! —dijo el pequeño vampiro, haciendo rechinar los dientes.

Fue al ataúd de Lumpi y sacó un paño de lana negro.

—Pero ahora se lo ha regalado a Lumpi. Porque parece ser que Lumpi tiene siempre los pies muy fríos.

—¿Cómo que regalado? —se rió irónicamente Anton—. ¡Será prestado! En el caso de los vampiros...

Pero Rüdiger no prestó atención a su observación. Con un gesto furioso sacó también del ataúd de Lumpi una cadena de reloj, una pitillera, un alfiler de corbata que tenía una perla y un peine de bolsillo.

—¡Mira! ¡Todo es de Jórg el Colérico! Y Lumpi, en señal de agradecimiento, le ha invitado a la cripta. Una semana entera, a partir del sábado por la noche... ¡Y yo le había contado que de ningún modo puedo encontrarme con Jórg el Colérico!

—¿Y por qué no? —preguntó Anton.

—Porque podría reconocerme.

Anton sacudió la cabeza sin entender nada.

—¿Y por qué no debe reconocerte?

—Fue hace seis semanas —empezó el vampiro—. Yo volaba ya de vuelta al cementerio cuando vi por la calle a un hombre joven y aparentemente repleto de sangre. Aún no había comido mucho y mi estómago empezó a hacer un ruido terrible. Entonces aterricé un par de pasos detrás de él y me deslicé a su lado. Entonces, de repente, salió del matorral que tenía al lado un fuerte gruñido. Era Jórg el Colérico, que estaba allí acechando y ahora pensaba que yo le iba a birlar la presa. Vino hacia mí rojo de ira. Yo eché a correr y Jórg me siguió. Antes de que pudiera alcanzarme, sin embargo, se resbaló con una mierda de perro y se cayó todo lo largo que era. Me

escapé rápidamente por un agujero que había en el seto mientras oía gruñir a Jórg detrás de mí: «¡Ya te atraparé una noche de éstas! ¡Te voy a hacer cenizas!»



El vampiro se interrumpió y se quedó mirando sombrío fijamente hacia delante.

Anton, por el contrario, tuvo que morderse los labios para que su alegría no se notara demasiado. Había esperado muchas cosas...: la habitual indiferencia del vampiro, sus eternos suspiros y quejas, cientos de excusas..., pero no que estuviera dispuesto a irse con él tan fácilmente. Y no sólo eso: el miedo a Jórg el Colérico haría que no volviera a echarse atrás, pues ahora él mismo se veía obligado a esconderse en algún sitio. Ahora sólo quedaba un problema: ¿cómo iba a llegar el pequeño vampiro con su ataúd a Pequeño-Oldenbüttel?

Pero el vampiro parecía haber pensado también en eso.

—Lo mejor es que vayamos en tren —opinó—. Tú me traes alguna ropa tuya y entonces viajaremos como dos personas completamente normales. Yo siempre he querido ir en tren, y no ir sólo volando a todos sitios.

—¿Y tu a... ataúd?

—Lo envolveremos. En papel de regalo.

El vampiro se rió entre dientes.

—¿Acaso sabes tú si hay algún tren que vaya a Pequeño-Oldenbüttel? —preguntó Anton.

—¿Es que no lo hay? —exclamó el vampiro.

—Lo mismo en ese pueblucho no tienen ni raíles —dijo Anton.

El vampiro puso una cara de desconcierto.

—En eso no había pensado en absoluto —murmuró.

Pero sus ojos volvieron a iluminarse en seguida y exclamó:

—Entonces nos apearemos en el pueblo de al lado. ¡En todo caso tendrás que informarte con

exactitud de la comunicación de trenes que hay!

—¿Yo? —dijo Anton—. ¡Querrás decir nosotros! Tú también vas a ir a Pequeño-Oldenbüttel, ¿no?

—Sí. Pero a un vampiro no le informa nadie —contestó apocado Rüdiger.

—¡Entonces iremos volando los dos a la estación! —dijo Anton.

Fantasmas en la habitación de Anton

Media hora después, Anton y el pequeño vampiro aterrizaron en la frondosa copa del castaño que había delante de la casa de Anton.

—Tu ventana está abierta —susurró el vampiro, que veía mejor en la oscuridad.

—Espero que mis padres no hayan llegado aún —murmuró Anton.

En ese momento abrieron el portal de la casa. Anton reconoció a la señora Puvogel, que llevaba de la correa a Susi, su gordo perro-salchicha. Susi se quedó parada, levantó el hocico y olfateó. Luego empezó a ladrar.

—¡Pssst! —hizo la señora Puvogel.

Pero Susi siguió ladrando y tiró de la correa: ¡quería ir hacia el castaño!

El pequeño vampiro se deslizó intranquilo de un lado a otro encima de su rama.

—Creo que mejor me voy volando —gruñó.

Enérgicamente añadió:

—No lo olvides: ¡El sábado en el viejo muro del cementerio! ¡Y tráete un par de prendas tuyas!

—¡Y tú, tu ataúd! —contestó Anton.

El pequeño vampiro extendió su capa y salió volando de allí.

La señora Puvogel echó una mirada temerosa a las ventanas de las viviendas de alrededor; luego arrastró a Susi hacia los matorrales del parque de correo. Cuando ella había desaparecido, Anton fue volando hasta su habitación y cerró tras sí la ventana.

Bajo la puerta vio que había luz. ¿Habrían regresado ya sus padres? ¿O es que se había olvidado de apagar la luz?

Se quitó apresuradamente la capa por encima de la cabeza y la escondió en el armario debajo de sus viejos pantalones de media pierna de cuero, que nunca se ponía, y la chaqueta típica a juego que le había hecho su abuela. Mientras tanto escuchó con atención.

¿No era ésa la voz de su madre, allí, en la cocina? Dejó abierta una rendija de su puerta y entonces pudo entender lo que estaba diciendo:

—¡Te digo que en su cama no está!

La voz de su madre sonó preocupada.

—Entonces estará en el baño —repuso su padre.

—¡No! Allí ya he mirado.

—Entonces seguro que se ha metido en tu cama.

—¡No! En la alcoba tampoco está.

—Entonces será que no has mirado bien.

—¡¿Cómo que no he mirado bien?! —exclamó indignada la madre—. ¡Convéncete por ti mismo!

—¡Está bien!

Anton oyó cómo su padre echaba hacia atrás la silla y se ponía de pie. Anton se metió en su cama de un salto y se subió la manta hasta la barbilla.

Inmediatamente oyó abrirse la puerta.

—¿Lo ves?!

Esa fue la voz susurrante de su padre.

—¿Está durmiendo!

La madre avanzó un par de pasos dentro de la habitación y se puso junto a la cama. Aunque Anton mantenía los ojos fuertemente cerrados sintió que ella le pasaba revista a fondo de arriba abajo. ¡Pero sus zapatos, los vaqueros y el jersey estaban bien tapados!

—¿Qué extraño...! —vaciló ella—. Hubiera podido jurar que la cama estaba vacía.

—¿Se equivoca uno tan fácilmente...!

—Pero la ventana..., antes estaba abierta...

—Eso son sólo figuraciones tuyas.

Anton tuvo que morderse la lengua para no reírse. ¡Su madre era mucho más desconfiada que su padre! Afortunadamente, su padre conseguía casi siempre anonadarla con su supuesta experiencia del mundo y su conocimiento del ser humano, de modo que ella no había conseguido hasta ahora descubrir sus secretos, es decir, los de Anton. También esta vez pareció tener éxito, pues ella se volvió a la puerta y la cerró suavemente tras de sí.

Pero en el pasillo dijo de repente:

—¿Su ropa no estaba allí!

A Anton casi se le paró el corazón. No podía siquiera imaginarse qué podría pasar si volvían otra vez y le descubrían en la cama completamente vestido...

Pero su padre solamente se rió.

—Tú estás sobrecargada de trabajo, Helga. Ves fantasmas.

—Si tú lo dices... —dijo ella ofendida.

Los pasos se alejaron. Luego encendieron la televisión.

Anton se levantó aliviado, encendió la lámpara de su escritorio y se desnudó. Colocó los zapatos juntos delante de la cama y colgó en la silla el jersey y los pantalones. Normalmente no era tan ordenado. Pero pensó que quizá su madre volviera a mirar y se rió irónicamente.

Se puso el pijama, apagó la luz y volvió a echarse cómodamente sobre la almohada.

Ahora podía pensar otra vez con calma en lo que le había contado el empleado del ferrocarril.

En el patio de la estación

Mientras el pequeño vampiro se quedaba fuera, escondido bajo un abeto, Anton atravesó el patio de la estación, que, afortunadamente, estaba vacío, dirigiéndose a la ventanilla de los billetes.

—¿Qué quieres, pequeño? —dijo el hombre que estaba detrás de la ventanilla.

—Quisiera que me informara —declaró Anton en voz alta, tragándose su enfado por lo de «pequeño».

—¿Y qué querrías saber?

—¿A qué hora sale el próximo sábado un tren para Pequeño-Oldenbüttel?

—Eso tengo que mirarlo. ¿Por la mañana o por la tarde?

—Por la noche. Sobre las nueve.

El hombre abrió un libro y lo hojeó.

—¿Cómo se llama el sitio?

—Pequeño-Oldenbüttel.

Finalmente sacudió la cabeza.

—Allí no para ningún tren.

—¿No?

Anton se puso completamente pálido.

—¡Pero yo tengo que ir allí!

—Quizá puedas bajarte en el pueblo de al lado. ¿Sabes cómo se llama?

—Gran-Oldenbüttel.

El hombre volvió a buscar en su libro. Finalmente lo cerró sonriendo satisfecho y dijo:

—¡Ya está! Gran-Oldenbüttel: salida 20.42, llegada 21.35. Dime, ¿no es esto un poco tarde para ti?

—¿Tarde? Nnn, no. Mi hermano viene conmigo.

—Ah, bueno. Será mayor que tú, ¿no?

—Mucho mayor —se rió Anton entre dientes.

—Entonces nada puede salir mal —opinó el hombre.

Anton dio las gracias y se fue hacia la salida, repitiéndose en voz baja las horas de salida y llegada. Poco antes de llegar, sin embargo, se quedó parado. ¿Qué habría querido decir el hombre con «entonces nada puede salir mal»? ¿Habrían pasado algo por alto el pequeño vampiro y él al hacer sus preparativos de viaje?... ¿Algún peligro que pudiera amenazarles en el tren nocturno?

Pensó que lo mejor era preguntar al hombre mismo, y así volvió caminando lentamente a la ventanilla de los billetes.

—Me apuesto algo a que se te han olvidado las horas de salida y llegada —dijo amablemente el hombre—. Mira, te las he apuntado aquí.

—Gracias —murmuró Anton, guardándose sorprendido la hoja—. Quería preguntarle algo más.

—¿Sí?

—¿Qué ha querido decir usted antes con «entonces nada puede salir mal»?

—Sólo me había imaginado qué es lo que pasaría si dos hombrecillos como tú viajarais solos por la noche en el tren.

—¿Pu... pues qué? —balbució Anton.

—El revisor seguro que tendría sospechas.

—¿Por qué?

—Los dos podríais haberos fugado de casa.

Anton se calló confundido. ¡En eso no habían pensado en absoluto Rüdiger y él!

—¡Pero eso a ti no tiene por qué preocuparte! —dijo el hombre.

—¿Por qué?

—Tu hermano el más grande va contigo, ¿no?

—Grande no es... —contestó sombrío Anton—. Sólo mayor.

—¿Tiene más de dieciocho años?

—Humm.

—¡¿Lo ves?! Entonces realmente nada puede salir mal. ¡Tu hermano sólo tiene que llevar su carnet!

—¿Ca... carnet? —tartamudeó Anton.

—¡Para poder identificarse!

—¡Ah, sí..., claro!

Anton llegó bastante confundido fuera, al abeto.

—¿Está todo en orden? —preguntó el pequeño vampiro.

—Si tienes un carnet...

—¿Qué es un carnet?

—Un documento en donde pone que tú eres Rüdiger von Schlotterstein, nacido...

—¡Lo tengo! —le interrumpió el vampiro.

—¿De verdad?

—¡Naturalmente!

A Anton se le quitó un peso de encima.

—¡Entonces el sábado tráete sin falta tu carnet! ¿Me oyes?

—Claro —dijo el vampiro—. De todas maneras está en el ataúd...

Anton volvió a suspirar profundamente, luego se le cerraron los ojos y se durmió.

Ya no se enteró de que su madre entraba en la habitación y, perpleja, miraba fijamente sus prendas de ropa.

Haciendo la maleta

—¡Tú ya estás completamente nervioso! —dijo la madre de Anton el sábado siguiente durante el desayuno.

—¡Ah! ¿Sí? —gruñó Anton.

Se encontraba realmente extraño..., pero no por las maletas que tenían que hacer en seguida, ni tampoco por la granja a la que sus padres iban a viajar con él al día siguiente temprano. Lo que tanto le preocupaba era el viaje en tren que harían el pequeño vampiro y él al anochecer.

Ni siquiera le sabían bien los panecillos que había traído su padre de la panadería.

—¡Tienes que comer en condiciones, Anton!

—¡Sí!

Desganado, untó un panecillo con mantequilla. Mordió un trozo pequeño y lo estuvo masticando un buen rato.

—¿No estarás enfermo acaso? —dijo la madre.

—¡No! —exclamó sobresaltado.

Sus padres querían aprovechar la ocasión e ir aquella noche otra vez al cine antes de marcharse a Pequeño-Oldenbüttel al día siguiente. Sin embargo, si creían que él estaba enfermo, quizá se quedaran en casa... ¡Y eso no podía ocurrir de ninguna manera!

—Sólo estoy algo cansado —dijo metiéndose precipitadamente el medio panecillo en la boca—. ¡Me comeré otros dos! ¿Puedo?

—¡Naturalmente!

Después del desayuno estuvo tendido en su cama con dolor de estómago.

—¡Anton! ¿Estás haciendo ya la maleta? —exclamó su padre.

—Sí —contestó en voz baja.

—¡No olvides tus cosas de baño!

—No.

Anton se levantó despacio. Le vino a la memoria el lobo del cuento, cuya barriga habían llenado de piedras los siete cabritillos y que iba a la fuente y exclamaba: «¿Qué es lo que salta y traquetea en mi barriga?»

Colocó la maleta encima de la cama y empezó a guardar sus libros favoritos: *Vampiros. Las doce Historias Más Terroríficas*, *En la Mansión del Conde Drácula*, *Historias de Vampiros para Iniciados*. Encima de ellos puso ropa interior y calcetines, dos camisetas de manga larga, dos jerseys, un pijama y su bañador.

—¡Ya he terminado! —exclamó en voz alta.

—¿Ya? —contestó su madre desde el cuarto de baño—. ¡Es sospechoso que hayas tardado tan poco! ¡Seguro que has olvidado la mitad de las cosas!

—¡Absolutamente nada! —contestó obstinado, cerrando las cremalleras de ambos lados de la maleta.

Oyó cómo su madre venía por el pasillo. Entró en la habitación, según le pareció a Anton, con una sonrisa bastante sabelotodo.

Señaló la maleta cerrada.

—No puedes haber guardado muchas cosas —opinó ella.

—Lo suficiente —aseguró Anton.

—¿También tu pijama?

—Claro.

—¿Y ropa interior?

—Sí.

—¿Y pantalones largos? —preguntó.

Sin esperar la respuesta de Anton fue hacia el ropero y miró dentro.

—¡Brrr, esto huele a enmohecido! —se quejó—. ¡Tienes que airear tu armario, Anton!

Anton reprimió una risa entre dientes. Sabía de dónde venía ese olor: ¡de la capa de Rüdiger, que estaba debajo de sus pantalones tiroleses!

Sin embargo, su madre había descubierto ahora los vaqueros nuevos de Anton, que estaban aún colgados en la percha.

—¿Por qué no los has metido? —preguntó.

—Se... se me ha olvidado —tartamudeó Anton.

—¡¿Lo ves?! ¡Sí que habías olvidado algo! ¡Menos mal que he mirado yo!

—Sí —gruñó Anton.

Mal podía contarle que no había metido los pantalones en la maleta a propósito, porque quería llevárselos aquella noche al pequeño vampiro.

—Entonces vamos a guardarlos rápidamente —declaró la madre, abrió la maleta y metió dentro los pantalones.

—¿Te has acordado de los calcetines? —preguntó echando cuidadosamente a un lado las prendas de vestir de Anton.

—¡Sí! —exclamó Anton, que tenía la sensación de que iba a explotar de ira de un momento a otro—. ¡Metes las narices en todas partes! ¿Ahora a Rüdiger qué le voy a...?

Sobresaltado se tapó la boca con la mano. ¡Casi se había descubierto!

Su madre le miró de soslayo.

—¿Acaso querías prestarle tus pantalones nuevos a algún amigo del colegio?

—No..., quie... quiero decir sss, sí —tartamudeó—. E... él iba a darme los suyos a cambio.

Eso no era cierto, pero si su madre le ponía, por así decirlo, la excusa en la boca...

—Él iba a desgastármelos —añadió resuelto—, porque a mí no me gustan los pantalones tan flamantes.

—¡Como si no pudieras desgastarlos tú mismo! —protestó la madre sacudiendo con desaprobación la cabeza—. Creo que lo mejor será que me lleve tu maleta. Si no, todavía vas a meter esos libros de terror tuyos. ¡Y tienes al fin que descansar!

Echó decidida las cremalleras, cerró y se guardó la llave en el bolsillo del pantalón.

—Pero, mamá... —protestó Anton.

—Ya es demasiado tarde —dijo sonriendo, y se fue hacia la puerta con la maleta.

Anton pensó si debía decir que había olvidado meter su grueso jersey noruego para que ella

tuviera que abrir otra vez. Pero entonces pensó que ella, de todas formas, se quedaría de pie delante de él y tampoco conseguiría los pantalones para Rüdiger.

¡Mierda! Afortunadamente no había metido en la maleta Drácula, el libro que estaba leyendo entonces. Lo cogió del estante y se tumbó en la cama.

Los acontecimientos sobre el barco de Varna que iba a llevar a Inglaterra las cajas del Conde Drácula le fascinaron en seguida, tanto, que se olvidó de todo lo que le rodeaba...: los vaqueros, la maleta cerrada y, también, el problema sin resolver de qué pantalones iba a ponerse aquella noche el pequeño vampiro.

Ambiente de marcha

A las siete y media el padre de Anton estaba terminando de arreglarse en el pasillo. Llevaba puesto su traje de cheviot verde oscuro, una camisa verde y una corbata amarilla.

—Helga, ¿cuánto tiempo vas a tardar aún? —exclamó impaciente.

—Cinco minutos —contestó la madre desde el baño.

—¿Qué elegante te has puesto! —opinó Anton, que estaba apoyado en la puerta de su habitación—. ¿Sólo para ir al cine?

—Después también vamos a bailar —aclaró el padre.

El corazón de Anton latió con alegría: ¡entonces seguro que no regresarían a casa antes de medianoche! ¡Pero, naturalmente, no podía dejar que su padre se diera cuenta de lo bien que le venía aquello para sus planes!

—¿Tanto tiempo vais a estar fuera? —dijo por eso con fingida decepción—. ¡Siempre me dejáis solo!

—¡Ya encontrarás algo para entretenerte!

—¿Y cómo?

—Con la televisión, supongo.

—Entonces, ¿me dejas?

—Bueno, hasta las diez..., al fin y al cabo estás de vacaciones.

—¡Oh, qué bien! —hizo como si se alegrara.

¡Si supiera que él no iba a sentarse aquella noche delante de la televisión, sino en el compartimento de un tren...!

La madre de Anton salió del cuarto de baño. Llevaba puesta una blusa blanca y unos pantalones negros de seda. Se había hecho rizos en el pelo.

Mientras se ponía su abrigo le dijo a Anton:



—Y no te quedes leyendo mucho tiempo, ¿vale?

—Papá ha dicho que puedo ver la televisión.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué es lo que ponen?

—¿Qué..., qué ponen? —tartamudeó Anton.

Él ni siquiera lo había mirado, y como normalmente siempre lo sabía con exactitud, ella probablemente podría sospechar.

—Un programa de variedades —dijo rápidamente—. Con concurso de preguntas y respuestas.

—¿No hay ninguna película de miedo? —preguntó ella, que todavía desconfiaba.

—¡No! —aseguró él, y tuvo que reírse irónicamente.

¡Hoy no necesitaba de ninguna película para tener miedo!

—Pero a las nueve y media te vas a la cama. Mañana nos vamos de vacaciones y tienes que estar descansado.

—Papá ha dicho que a las diez.

—Está bien.

Eran las ocho menos cuarto cuando se marcharon sus padres. Fuera estaba ya oscureciendo. Había quedado con el pequeño vampiro a las ocho en el cementerio. Si se daba prisa podía estar allí en diez minutos. Por tanto, aún le quedaban cinco minutos.

Cinco minutos en los que tenía que buscar unos pantalones para el pequeño vampiro, meter la capa que estaba en su armario en una bolsa y guardarse los billetes...

La nueva ropa de Rüdiger

Poco después de las ocho desembocaba Anton en el oscuro camino que conducía al cementerio. Espesos matorrales crecían a ambos lados y parecían estirar sus ramas hacia él. Se oían chasquidos y crujidos.

De pronto Anton dio un grito: algo blando pasó alrededor de sus piernas y desapareció en los matorrales con un sonido quejumbroso. Empezó a correr.

Al borde del camino, semioculto por los matorrales había un banco. Lleno de terror se percató de que estaba ocupado. Alguien estaba allí sentado en la oscuridad... A Anton se le salía el corazón por la boca: ¿sería Tía Dorothee?

Al acercarse comprobó que eran dos personas las que había sentadas en el banco..., una parejita que se abrazaba y no le prestaba a él ninguna atención.

Pasó apresuradamente. No respiró hasta que no apareció ante él el muro viejo del cementerio. ¡Allí, al amparo de los arbustos, tenía que estar el pequeño vampiro esperándole!

—¿Rüdiger? —exclamó.

Hubo un crujido de ramas rotas en los matorrales. Luego apareció en el camino una pequeña figura oculta por una capa.

—¿Tú? —dijo sorprendido Anton.

—Hola, Anton —dijo Anna sonriendo.

—Yo... —murmuró buscando las palabras.

De ningún modo debería preguntar en seguida por Rüdiger si no quería molestar a Anna. Ya sabía lo sensible que ella era.

—Yo..., eh..., me alegro de encontrarte —dijo esperando que sonara convincente.

—¿De veras?

Ella le miró radiante.

—¿Más que si te hubieras encontrado con Rüdiger?

—Bueno —dijo esquivo—. En realidad había quedado con él...

—Lo sé —sonrió ella—. Ya te está esperando. A mí sólo me ha mandado delante, porque no quería dejar su ataúd sin vigilancia. ¡Ven!

Le cogió del brazo y le llevó entre los matorrales hacia el muro del cementerio. Allí, a la sombra del muro, Rüdiger estaba sentado encima de su ataúd.

—Llegas tarde —dijo con voz ronca.

—No sabía qué pantalones iba a traerte —intentó explicar Anton—. Los vaqueros que quería coger los había metido mi madre en la maleta.

—¿Y qué me voy a poner yo ahora? —gruñó el pequeño vampiro.

Anton sacó avergonzado de su bolsa de cáñamo los únicos pantalones que al final había podido traer: los de tirolés, ya que sus pantalones marrones de cheviot se los había llevado su abuela para remendar una rodilla, y los pantalones negros de lino estaban en la tintorería.

—Estos —dijo, manteniéndolos en alto cogidos por el peto adornado con bordados.

Anna, que estaba a su lado, se rió entre dientes por lo bajo. A ella, a todas luces, los pantalones

le parecían tan ridículos como a Anton.

—No tenía otros —dijo disculpándose.

Pero al pequeño vampiro parecieron gustarle los pantalones. Con sus flacos dedos pasó la mano sobre el áspero cuero y los bordados.

—Son bonitos —opinó.

Anna se rió más alto.

—Seguro que tienes envidia —dijo él cáustico—. ¡Pero éstos son mis pantalones! ¡Los ha traído Anton para mí!

Se los puso rápidamente.

Anton tuvo que ponerse la mano en la boca para no soltar la carcajada. Con su cara pálida como la tiza, el pelo cayéndole hasta los hombros, los pantalones de cuero, demasiado anchos, en los que él había arrebujaado la capa, con el peto bordado y los tirantes, que le venían anchos a su flaca figura, y con las delgadas piernas en los leotardos agujereados, el pequeño vampiro parecía un espantapájaros.

«A lo mejor tendría un aspecto menos terrible si se pone también la chaqueta», pensó Anton. Él se la había llevado por lo que pudiera pasar e igualmente el sombrero tirolés, que, según la opinión de su abuela, pegaba tan bien.

Buscó en la bolsa y sacó la chaqueta.

—También va incluida —dijo—, si tú quieres...

—¡Oh, sí! —exclamó el vampiro.

Se la puso rápidamente. Su rostro se volvió radiante.

—¡Preciosa! —dijo entusiasmado, dando vueltas a los botones plateados que brillaban a la luz de la luna.

Anton disimuló la risa.

Anna se rió entre dientes furtivamente.

—¡Pareces un príncipe de carnaval!

—¿Y qué? ¡Tú sólo tienes envidia!

—Aún me queda algo —dijo Anton, sacando el sombrero hongo con la pluma verde.

El vampiro se quedó entusiasmado en seguida. Sonriendo feliz apretó el sombrero sobre su pelo desgreñado.

—¡Siempre había querido tener uno así con pluma!

Dio unos pasos orgullosos alrededor del ataúd mientras Anton y Anna se miraban entre sí contrayendo sus caras para no echarse a reír en alto.

A Anton le parecía que comparado con su aspecto «normal» de vampiro, Rüdiger, en cualquier caso, producía un efecto más bien divertido. Y eso quizá fuera muy ventajoso cuando viajaran en el tren.

En el tren... Se estremeció al acordarse de que su tren salía ¡a las 20.42! Y seguro que con el pesado ataúd necesitarían diez minutos para llegar a la estación.

—Nuestro tren sale en seguida. ¡Vamos, Rüdiger, date prisa!

—¡Con tranquilidad! —repuso el vampiro—. Además, mi sombrero no está bien puesto.

—¡Pero vamos a llegar tarde!

—¡Tonterías! —gruñó el vampiro mientras se arreglaba constantemente el sombrero.

—¡Típico de Rüdiger! —siseó Anna—. ¡Entonces llevaré yo sola el ataúd!

Dicho esto levantó el ataúd por el centro. Sus pequeñas y delgadas piernas parecían irse casi a romper con el peso, pero levantó sus estrechos hombros y se marchó. Anton corrió al lado de ella.

—¿No quieres que agarre?

—No —sonrió—. Ya puedo yo.

—¡Esperad! —exclamó el vampiro—. ¡No puedo ir tan de prisa con el sombrero!

Papel de regalo (regalado)

Por el camino exclamó de repente el pequeño vampiro:

—¡Alto! ¡Todavía tenemos que envolver el ataúd en papel de regalo!

—Entonces, ¿tienes tú papel de regalo?

—No. Pero Anton sí tiene.

Anton se sobresaltó.

—¿Cómo que yo?

—Porque así lo habíamos acordado —gruñó el vampiro—. Tú tenías que traer algo de vestir

...y el papel de regalo.

Anton sacudió fuertemente la cabeza.

—¡Eso no es cierto! Nosotros sólo habíamos hablado de las cosas de vestir.

—¿No dije yo acaso que íbamos a envolver el ataúd en papel de regalo?

—Sí. Pero no que yo tenía que conseguir el papel.

—¡Bah! —dijo colérico el vampiro—. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Quizá podáis comprar el papel de regalo en la estación —opinó Anna.

—No —dijo Anton—, allí no hay.

—¡Si no se empaqueta el ataúd yo me quedo aquí! —amenazó el pequeño vampiro.

—¿Con Jórg el Colérico? —repuso Anton riéndose irónicamente.

¡Esta vez no se dejaría amedrentar, pues sabía muy bien lo mucho que le iba al pequeño vampiro en ir con él!

—No, no —cambió rápidamente de actitud el vampiro—. Naturalmente que voy... ¡Pero mi ataúd! —añadió con voz llorosa—. ¡Si alguien lo encuentra, estoy perdido!



Anna, entre tanto, había estado dando vueltas alrededor del ataúd y lo había examinado por todas partes.

—Yo creo que no parece en absoluto un ataúd —opinó ella—. Más bien parece una caja.

—Los marineros llevan cajas así —dijo Anton.

—Pero yo no soy ningún marinero —dijo quejumbroso el vampiro.

—Realmente no tienes pinta de marinero —se rió Anna entre dientes, mirando su traje típico y el sombrero tirolés.

—A pesar de ello puede tener una caja así —dijo Anton—. ¡Y ahora deberíamos seguir de una vez para no perder el tren!

Llevó el ataúd junto a Anna hasta el patio de la estación, que estaba claramente iluminado.

—¡Si todo fuera bien! —se lamentó el pequeño vampiro, que les seguía con las piernas temblorosas.

Por puro miedo, ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba el sombrero completamente torcido en la cabeza.

—¿No podrías preguntar por lo menos? —le dijo a Anton suplicante después de que ellos hubieran dejado el ataúd en el suelo detrás de un arbusto.

—¿Qué voy a preguntar?

—Si no tendrían papel de regalo. En las estaciones siempre hay qui..., qui..., quioscos.

Anton miró el gran reloj de la estación. Faltaban dos minutos para las ocho y media.

—Está bien. Pero no te hagas muchas ilusiones.

De mal humor por haberse dejado convencer fue hacia el patio de la estación. ¿Por qué iba a

haber precisamente hoy un quiosco abierto? El domingo pasado estaban todas las tiendas cerradas.

En el patio de la estación lo primero que vio fue a dos mujeres que estaban en la ventanilla de los billetes. Llevaban unos loden verdes, sombreros típicos y zapatos de excursionista. Tuvo que reírse irónicamente: ¡pegaban tan bien con el traje de Rüdiger! ¡Si fueran en el mismo compartimento se podría tomar a los tres por un grupo típico!

Luego vio que la tienda de enfrente estaba iluminada. Había un hombre sentado detrás del cristal abierto.

—¿Tiene papel de regalo? —preguntó Anton.

—He tenido algo —dijo el hombre—, pero no sé si queda aún...

Abrió un cajón, miró dentro y sacudió la cabeza.

—Lo he debido vender.

—Pero allí, en la estantería... —exclamó Anton, que había descubierto un rollo de papel de colorines.

El hombre se dio la vuelta.

—Eso es papel para armarios —dijo.

—¿No podría llevármelo?

—Con eso iba a forrar mis estantes.

—¡Por favor!

El hombre titubeó. Cogió el rollo y lo observó.

—Por mí... —dijo luego—. El modelo, al fin y al cabo, me parecía demasiado chillón.

—¡Bien! —se alegró Anton—. ¿Y cuánto cuesta?

¡Menos mal que se había llevado dinero!

—Nada —dijo el hombre—. Te lo regalo... Y el cordel también.

Sacó del cajón un cartoncillo con cordel verde.

—Gracias —dijo sorprendido Anton—. ¡Si vuelvo a necesitar papel de regalo seguro que volveré aquí!

—Mejor no —dijo el hombre—. ¡El próximo papel para armarios lo pondré en los estantes!

Ataúd vendado

—¿Tienes el papel de regalo? —resplandeció el pequeño vampiro cuando vio regresar a Anton con el rollo de papel y el cordel.

—Humm —gruñó solamente Anton.

Ahora no tenía ninguna gana de explicar la diferencia entre papel de regalo y papel para armarios. En lugar de ello le puso el rollo en la mano y dijo:

—¡Toma!

—¿Qué? ¿Yo? —exclamó el vampiro.

—¿Tú no querías que se empaquetara tu ataúd?

—Pero... —miró a Anna buscando ayuda—... yo soy demasiado torpe. Seguro que rompo el papel.

—Entonces tendrás que esforzarte —dijo Anton riéndose irónicamente saboreando la sensación de superioridad que tenía de repente.

—Te ayudaremos —dijo Anna.

Levantó un extremo del ataúd.

—Tienes que enrollar el papel siempre dando vueltas —aclaró—, como si quisieras poner una venda.

—Sí, sí —refunfuñó el vampiro.

Empezó a desenrollar el papel con un gesto ofendido. Al hacerlo, el sombrero se le escurrió hasta la cara. Tenía una pinta tan graciosa que Anna y Anton tuvieron que reírse. Colérico, el vampiro lanzó el sombrero a la hierba.

—¡Reíros sí que podéis! —exclamó—. ¡Pero ayudarme a empaquetarlo no!

—¿Cómo que no? —dijo indignada Anna—. ¿Acaso no te mantengo en alto el ataúd?

—¡Pero Anton sólo está ahí riéndose burlonamente!

—Sin mí no hubieras tenido papel de envolver —repuso impasible Anton.

¡¿Cuántas veces se había quedado mirando sin hacer nada el vampiro cuando Anton tenía que afanarse mucho?! ¡Aquella vez, por ejemplo, cuando se instaló en el sótano de la casa de Anton y el padre de éste iba a sacar de allí las tablas que ocultaban su ataúd! ¡Con su cansancio y su indiferencia, el vampiro le había puesto al borde de la desesperación! Ahora Anton estaba a la altura de la situación..., pero a pesar de este triunfo no quería aprovecharse.

—Ya te ayudo —dijo conciliador—. ¡Colócate allí!

El vampiro se fue obedientemente al otro lado del ataúd y esperó hasta que Anton le desenrolló el papel. Mientras Anna mantenía el ataúd en alto, el pequeño vampiro recogía el rollo y desenredaba el papel suficiente como para que a Anton le alcanzara y poder pasarlo por debajo del ataúd. Anton desenredaba otra tira y le volvía a dar el rollo a Rüdiger por encima del ataúd. Así empaquetaron el ataúd en poco tiempo.

Anna ató el cordel alrededor del centro del ataúd e hizo un gran lazo.

—¿No tiene una pinta estupenda?

—Como un paquete de cumpleaños —opinó Anton.

El pequeño vampiro suspiró profundamente.

—¡Nadie podría imaginarse que aquí hay un ataúd!

Con una sonrisa de satisfacción se inclinó hacia su sombrero y volvió a ponérselo.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Yo no —dijo Anna.

Anton se volvió hacia ella sorprendido.

—¿No vienes con nosotros hasta el andén?

Ella sacudió la cabeza en silencio. Sus ojos eran muy grandes y brillaban húmedos.

—Que te vaya bien, Anton —dijo en voz baja—. ¡Hasta pronto!

Dicho esto, extendió su capa, y antes de que Anton se hubiera recuperado de su sorpresa ella ya se había marchado volando.

—A mí no me desea nada —gruñó el vampiro—. Y por lo visto es que tampoco voy a volver.

Anton tuvo que reírse. Rüdiger von Schlotterstein estaba... ¡celoso!

—¡Todo me lo deja a mí! —siguió protestando el vampiro—. ¡Por lo menos podía haber llevado el ataúd hasta el tren!

—Eso seguro que no lo ha hecho solamente por ti —contestó Anton.

—¿Cómo que por mí?

—Para que no cayeran sobre ella todas las miradas. En definitiva, ella no lleva un disfraz como tú.

—Ah, sí —se acordó él vampiro—. Casi se me había olvidado.

Lleno de orgullo se miró hacia abajo.

—Ahora ya no soy ningún vampiro. Ahora soy...

Hizo una pausa y luego dijo con presunción:

—¡El fino Rüdiger von Schlotterstein el Hermoso!

Anton reprimió con dificultad la risa.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—. El tren sale dentro de dos minutos.

El vampiro se asustó.

—¡Por todos los diablos! —exclamó corriendo hacia uno de los extremos del ataúd—. ¡Vamos, Anton!

Anton se quedó parado sin inmutarse.

—¡Se dice «por favor»! —adoctrinó al pequeño vampiro.

—Bueno: ¡por favor! —dijo el vampiro rechinando los dientes—. ¿Vienes ahora?

—Está bien —dijo condescendiente Anton, y levantó el otro extremo del ataúd.

Ya están aquí todos los pájaros

Cuando atravesaron el patio de la estación, el hombre del quiosco estaba ocupado en ordenar las botellas encima de la estantería y les daba la espalda.

La mujer de la ventanilla de los billetes estaba sentada inclinada sobre un libro en el que escribía algo, y les miró sólo brevemente sin ningún signo de extrañeza o de susto. El extraño aspecto exterior del pequeño vampiro no pareció chocarla en absoluto. Aparte de esto, no se veía a nadie.

Anton suspiró aliviado. La marcha por el patio de la estación se la había imaginado como si tuvieran que pasar por las baquetas siendo observados con desconfianza desde todas partes.



También el andén desde el que iba a salir su tren demostraba que, a todas luces, se había preocupado sin fundamento. Además de las dos mujeres de los loden, que iban lentamente de aquí para allá y no les prestaban atención en absoluto, ellos eran los únicos que estaban esperando el tren.

—¡Esas tienen sombreros preciosos! —dijo el pequeño vampiro señalando a las mujeres.

—¡No debes quedarte así mirando! —contexto Anton—. Si no, sospecharán.

—Es que sus sombreros son mucho más bonitos que el mío —dijo enojado el vampiro—. No llevan una pluma, sino flecos.

—¿Llevan... qué?

—Flecos. Parece un pincel.

Ahora Anton también miró con curiosidad. Los sombreros iban adornados con un grueso y corto mechón de pelo.

—Eso es pelo de gamuza —aclaró—. Una especie de cabra.

—¡Iiih! ¡Cabra! —exclamó—. ¡A los vampiros no nos gustan las cabras!

Acarició delicadamente la pluma de su sombrero.

—¡Pero los pájaros sí que nos gustan! Están emparentados con nosotros.

Su grito, al parecer, había asustado a las dos mujeres. Se habían quedado paradas y miraban hacia ellos con caras preocupadas.

Anton se colocó rápidamente delante del pequeño vampiro y empezó a silbar una canción: «Ya están aquí todos los pájaros...»

Por el rabillo del ojo vio cómo las mujeres cambiaban una mirada. Luego sacudieron la cabeza sin comprender y reiniciaron sus paseos.

En ese momento llegó el tren. Tronaba y retumbaba, chirriaron los frenos. El vampiro, fascinado, miraba fijamente los largos vagones.

—¡Un tren, un auténtico tren! —murmuró arrobado.

—Si sigues mirando mucho tiempo va a marcharse sin ti —observó mordaz Anton.

Había visto que las dos mujeres ya se habían subido en el primer vagón. El siempre pálido rostro del vampiro se puso más pálido aún.

—¡Eso sí que no! —exclamó, cogió el ataúd por el centro y lo subió al tren.

Anton sólo tuvo que correr detrás y mantener abierta la puerta del vagón.

Búsqueda de compartimento

—¡Conseguido! —jadeó el vampiro después de subir al antepenúltimo vagón y haber dejado el ataúd junto a la puerta de entrada.

—¡Todavía no! —repuso Anton.

—¿Por qué?

—Aquí, en el pasillo, no nos podemos quedar.

El vampiro puso cara de perplejidad.

—¿Por qué no?

—Porque por aquí pasa mucha gente. Tenemos que sentarnos en un compartimento. Voy a ver si hay alguno libre.

—¿Y yo? —exclamó el vampiro con voz quejumbrosa.

—Tú espérate aquí —determinó Anton.

—¿Y si viene alguien?

—Entonces desapareces en los lavabos.

Anton señaló la puerta con el cartel de W.C.

—Cierras simplemente por dentro. Llamaré tres veces cuando vuelva.

—¿Y mi ataúd?

—¿Ataúd? ¡Yo no veo ningún ataúd! —se rió irónicamente Anton—. ¿O es que estás pensando en este largo paquete-sorpresa envuelto en hermosísimo papel de regalo?

Pero el pequeño vampiro no estaba para bromas. Muy digno declaró:

—Yo no dejo sin vigilancia mi ataúd. Ni siquiera en un...

Seguramente iba a decir «tren», pero entonces el tren arrancó dando un tirón. El vampiro se tambaleó un par de pasos y después se sentó de espaldas en su ataúd involuntariamente.

Sorprendido y sin hablar miró a Anton, al que le costaba trabajo permanecer serio. «Pero realmente, ¿cómo iba a saber el pequeño vampiro que tenía que agarrarse al arrancar?», pensó Anton. Al fin y al cabo no había viajado nunca en ferrocarril.

—Lo mejor es que te quedes aquí sentado hasta que yo vuelva —dijo—. Seguramente tampoco tardaré mucho.

—Humm —asintió el vampiro.

Pareció gustarle sólo lo de no tener que estar de pie. A todas luces le confundía el traqueteo y matraqueo del convoy en marcha.

—Pero date prisa —rogó.

Anton abrió la puerta oscilante que conducía a los compartimentos. Quería ser como los héroes de las películas de la televisión: completamente frío y relajado. Bajó la comisura de los labios e intentó parecer frío e imperturbable mientras iba a lo largo del pasillo con lentos y balanceantes pasos de cowboy. ¡Pronto serían las nueve y entonces no podría dar la impresión de ser un miedoso y pequeño colegial!

Sin embargo, para la entrada de cine de Anton no había público alguno. En el primer compartimento había una señora al lado de la ventana, que tenía la cabeza echada hacia detrás y al

parecer se había dormido. En el segundo compartimento había un hombre leyendo el periódico, al que Anton sólo le pudo ver las piernas.

¡El resto de los compartimentos estaban vacíos!

Anton se decidió por el cuarto compartimento. «En caso de que suba alguien durante el trayecto, seguro que se pone en uno de los compartimentos libres», pensó.

—¿Has encontrado alguno? —preguntó excitado el vampiro cuando Anton regresó.

Anton sonrió con aires de superioridad.

—Ven —dijo.

A salvo

El vampiro se puso de pie, echando una mirada miedosa al suelo que oscilaba.

—¿Está lejos?

Anton tuvo que reírse irónicamente.

—Sólo cuatro compartimentos más adelante —dijo.

El vampiro levantó suspirando uno de los extremos del ataúd. Anton agarró el otro extremo. Así llevaron el ataúd, que a Anton le pareció más pesado y voluminoso que nunca, a través del estrecho corredor hasta el interior de su compartimento. Allí, Anton cerró rápidamente la puerta.

Ahora estaban a salvo..., ¡de momento! Eso pareció pensar también el vampiro. Respirando profundamente se dejó caer en el blando asiento y se despezó.

—¿Y tu ataúd? —exclamó Anton.

—¿Por qué?

—¡No puede quedarse de ninguna manera entre los asientos!

—¿Dónde va a ir entonces?

—Tenemos que colocarlo en la rejilla del equipaje.



El vampiro miró perplejo por todo el compartimento.

—¿Rejilla del equipaje? ¿Eso qué es?

—La bandeja de ahí arriba —dijo Anton impaciente—. Eso se llama rejilla del equipaje.

—Ah, bueno. Si tú lo dices...

El vampiro se quitó el sombrero, acarició tiernamente la pluma y lo puso en el asiento que tenía al lado. Luego cruzó sus delgadas piernas con toda la tranquilidad del mundo.

—Puedes muy bien colocarlo arriba —dijo—. Yo estoy de acuerdo.

—¿Yoooo? —exclamó—. ¿Tú crees que yo solo puedo subir este armatoste de ataúd allí

arriba?

El vampiro le echó una mirada condescendiente antes de levantarse lleno de dignidad.

—Sí, eso pensaba —dijo mientras cogía el ataúd y lo colocaba, al parecer sin esfuerzo, en el portaequipajes—. ¿Lo ves? Es facilísimo.

—¡Pero tú siempre te haces el débil! —se indignó Anton.

—Depende precisamente de si he tomado algo antes —dijo el vampiro desde arriba.

Anton se estremeció.

—Entonces, hoy ya has co... comido...

—Efectivamente —contestó el vampiro, relamiéndose al acordarse de ello—. ¿O hubieras preferido que lo hiciera aquí, en el tren?

—¡No, no! —exclamó Anton asustado.

Notó cómo se ponía muy extraño. De repente tuvo la sensación de que había algo acechante en los enrojecidos ojos del vampiro, cuya mirada estaba dirigida fijamente hacia su cuello...

¿Pero no era el vampiro amigo suyo?

Anton tragó saliva.

—Yo... eh, he traído una cosa —tartamudeó sacando una caja de cartón plana del bolsillo interior de su chaqueta—. «¡Captura el sombrero!»

—¿Captura el qué? —preguntó el vampiro con voz ronca.

—Captura el sombrero —contestó apocado Anton.

Pero el vampiro, para alivio de Anton, dijo:

—¡El sombrero es bueno! —y acarició su sombrero tirolés.

Cuando Anton se había guardado el juego en casa se había sentido un poco estúpido: ¡querer jugar en el tren al «Captura el sombrero» con un vampiro! Pero ahora se alegraba de que tuvieran algo para pasar el rato..., ¡para que al vampiro no se le ocurriera ningún disparate! Rüdiger señaló el cartón.

—¿Se puede ganar aquí? —gruñó.

—Naturalmente —se apresuró a asegurar Anton.

—¡Bien! Entonces, por mí, podemos empezar.

Sombrerito-vampiro

Anton se sentó frente al vampiro en el otro asiento junto a la ventana. Sacó el tablero de juego de la caja de cartón, lo colocó encima de la mesa plegable que había entre ellos y señaló los sombreritos.

—¿Qué color quieres?

El vampiro soltó una carcajada como un graznido.

—El rojo. ¿Cuál si no?

A Anton le recorrió un escalofrío por la espalda. Pero no dijo nada, sino que puso al vampiro la casilla roja del juego y los cuatro sombreritos rojos.

Él se puso los sombreritos amarillos en la casilla amarilla.

—¿Y cómo se juega? —gruñó el vampiro.

Anton dijo:

—Verás.

Cogió un sombrerito rojo y otro amarillo y los colocó en el tablero de juego dejando tres casillas entre medias.

—Podrías capturarme si ahora sacas un cuatro —aclaró—, así.

Colocó el dado con el cuatro hacia arriba, cogió el sombrerito rojo, avanzó con él cuatro casillas y lo puso encima del sombrerito amarillo.

—¡Ahora el amarillo está capturado!

El vampiro sonrió contento.

—¿Y qué se hace con los capturados?

—Tienes que intentar llevarlos hasta tu casa —contestó Anton señalando la casilla roja del vampiro.

—¿Y qué pasa con ellos?

Los ojos del vampiro relucían llenos de expectación.

—Nada —dijo Anton, desconcertado por la pregunta—. Al final se cuenta a ver quién tiene más sombreritos. Y ése habrá ganado.

—¿Sólo contar? —dijo decepcionado el vampiro—. ¡Los juegos de vosotros, los seres humanos, no son precisamente muy interesantes!

—¿Por qué? —preguntó Anton sorprendido.

—Habría que inventarse nuevas reglas de juego.

El vampiro señaló el sombrerito dorado que estaba todavía en la caja de cartón.

—¿Para qué sirve ése?

—Ni idea —contestó Anton.

El vampiro cogió el sombrerito y le dio despacio vueltas entre sus delgados dedos.

—Tengo una idea —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Anton.

—¡Este sombrerito dorado —declaró el vampiro— será un sombrerito-vampiro!

—¿Sombrerito-vampiro?

Anton puso cara de no entender nada.

—Todos los sombreritos que éste muerda..., eh, capture, se convertirán también en vampiros —dijo Rüdiger riéndose entre dientes—. Hasta que al final sólo queden en juego sombreritos-vampiros. ¿No es estupendo?

—Bueno, sí... —dijo Anton esquivo.

La idea del vampiro no le convencía.

—Podríamos probar.

El vampiro le entregó rápidamente sus cuatro sombreritos rojos, de forma que Anton ahora tenía ocho. El vampiro colocó el sombrerito dorado en el centro de su casilla roja.

—Puedes tirar tú primero —dijo afable.

Anton tiró: 6.

Cogió un sombrerito amarillo y avanzó con él seis casillas.

Luego tiró el vampiro: 2.

—¡Eh, eso no es justo! —se indignó, queriendo volver a tirar.

—¡Me toca a mí! —protestó Anton, cogiendo el dado.

El vampiro, de mala gana, avanzó dos casillas con su sombrerito.

Ahora tiró Anton: 5.

El vampiro contó con el dedo índice las casillas que separaban los dos sombreritos.

—Tres... —murmuró—. ¡Ya te tengo!

Tiró el dado: ¡6!

—¡Mierda! —se quejó avanzando seis casillas.

Anton se mordió los labios para no reírse y tiró: ¡3!

El vampiro se quedó helado.

—¡He ganado! —exclamó con una alegría por el triunfo mal disimulada.

La comisura de los labios del vampiro empezó, a estremecerse.

—¿Ganado? —exclamó con voz amenazadora—. ¡Has hecho trampa!

—¡De ninguna manera! —dijo Anton—. ¡Sólo he tenido más suerte al tirar el dado!

—¡Suerte! ¡Suerte! —voceó el vampiro mirando a Anton con ojos relucientes de malicia—.

¿Quieres que te enseñe lo que me parece tu estúpido juego?

Dicho esto, golpeó con tanta fuerza el tablero de juego que salió por los aires y fue a parar al pasillo que había entre los asientos. Los sombreritos se dispersaron por los asientos y el pasillo. El dado aterrizó delante de la puerta del compartimento.



El primer pensamiento de Anton fue saltar colérico. Pero entonces se dijo que eso era justo lo que el vampiro quería, y, así, se quedó sentado tranquilamente mirando por la ventanilla. Afuera, entre tanto, se había hecho completamente de noche, y él fue contando las luces que iban quedando atrás al pasar.

Como había previsto, su aparente indiferencia confundió al vampiro. Se deslizaba inquieto de un lado a otro de su asiento observando a Anton.

Después de un rato preguntó:

—¿Es que no estás enfadado?

—No —mintió Anton.

Con oculta alegría añadió:

—Estoy pensando solamente si no debería irme a otro compartimento.

—¿Qué? —exclamó el vampiro—. ¿A otro compartimento? ¿Y qué será de mí entonces?

Anton tuvo que reírse burlescamente.

—Al fin y al cabo lo único que hacemos es pelearnos. ¡Seguro que tú prefieres estar solo!

—¡No! —gritó el vampiro.

Sus labios temblaban y sus ojos rojos flameaban.

—Es que no sé en absoluto cómo tiene uno que comportarse aquí en el tren —balbució.

—Efectivamente —asintió Anton.

—¡Y además, yo..., sin ti estoy completamente desamparado!

Anton sonrió halagado.

—Si es así —dijo astutamente—, quizá debieras ser algo más cortés conmigo.

—Lo seré —prometió apresuradamente el vampiro.

—¡Bien! —dijo Anton—. Entonces, lo primero que tienes que hacer es recoger las piezas del juego.

Rüdiger delata

Una vez que había vuelto a montar el juego, el vampiro preguntó con una cortesía completamente inusual en él:

—¿Jugamos otra vez?

—Bah —dijo Anton—. Realmente no era muy interesante.

—Pero si jugamos como tú habías propuesto...

—No. Contigo no tiene ningún sentido.

—¿Por qué?

—Porque tú quieres ganar siempre.

—¿Yo? —se indignó el vampiro—. ¡Tú has empezado! Tú querías que contáramos quién tenía la mayoría de los sombreritos.

—¿Y quién ha preguntado si también se puede ganar en el juego? —repuso Anton.

—¿Quién? ¡Tú, naturalmente! —dijo el vampiro.

Con tanta desfachatez Anton se quedó sin habla durante un rato. Luego dijo colérico:

—¡Eres exactamente igual que tu hermano Lumpi, que tampoco sabe perder!

Pero en lugar de sentirse ofendido, el vampiro sonrió encantado.

—¿Tú crees?

Entusiasmado añadió:

—¡Eso tenía que haberlo oído Lumpi! Él siempre dice que yo soy un degenerado. La oveja blanca de la familia, por así decirlo.

—¿Tú? —dijo cáustico Anton—. ¡Seguro que no!

—¡Sí, sí, eso dice él!

El pequeño vampiro se recostó en su asiento y cruzó las piernas.

—Una vez, Lumpi y yo habíamos recibido del consejo familiar el encargo de dar un escarmiento a Geiermeir —contó—. Teníamos que ir a su casa a medianoche y llamar al timbre. ¡Brrr!

Temblaba al acordarse de ello.

Anton podía imaginarse cómo había tenido que sentirse el vampiro, pues también él sólo pensaba con miedo en el guardián del cementerio, que estaba poseído por la ambición de destruir a los vampiros junto con sus tumbas y, por eso, siempre llevaba consigo afiladas estacas de madera y un martillo cuando registraba de un lado a otro el cementerio.

—¿Y entonces? —preguntó Anton.

—Entonces tenía que atraerle a la entrada de la casa. Tenía que gritar: «¡Señor Geiermeier, su cobertizo de madera está ardiendo!» Lumpi tenía que morderle. Sólo un poco, como escarmiento. Y yo tenía que escribir con pintura roja en la puerta:

*¡Las tumbas de los vampiros
están escondidas,
Geiermeier, manos fuera!*

Anton temblaba de expectación.

—Sí, ¿y entonces? —exclamó.

—Entonces...

El vampiro disfrutaba visiblemente con la agitación de Anton.

—Entonces llamo al timbre... Nada se mueve. Lumpi está a mi lado, agazapado en los matorrales, y yo tengo las rodillas completamente flojas. Aprieto el timbre otra vez. El agudo tono resuena terriblemente en medio del silencio que reina alrededor...

—¡Eh, no me tengas tan en suspense! —exclama Anton.

—Y de repente...: ¡pasos! ¡Pasos suaves y arrastrados! Se acercan a la puerta. Alguien tose entonces. Me encuentro fatal...

—Yo también —murmuró Anton.

—Ahora oigo la voz ronca de Geiermeier. «¿Qué pasa?», pregunta. Una bocanada de olor a ajo se cuela por las grietas de la puerta y me envuelve en una nube, con lo cual casi me desmayo. Quiero hablar, pero no puedo. Entonces grita Lumpi: «¡Señor Geiermeier, su cobertizo de madera está ardiendo!» En ese mismo momento se abre la puerta. Pero no es Geiermeier el que aparece delante de mí...

—¿No?

—Es un ser con ojos como carbones ardiendo. Pega un grito que me llega hasta los tuétanos, da un salto..., ¡y se posa sobre mi hombro!

Anton miró fijamente al vampiro con la boca abierta.

—¿Sobre tu hombro? ¿Tan pequeño era?

El vampiro agachó la cabeza.

—Era un gato —dijo avergonzado.

—¿Un gato? —se sorprendió Anton.

—Sí. El gato de Geiermeier. Él había sido lo suficientemente precavido como para quedarse de pie a la sombra de la puerta. De esta forma, sólo pude ver los relucientes ojos de su gato, que él tenía cogido en brazos. Cuando Geiermeier se dio cuenta de quién estaba en la puerta cogió el gato y lo tiró contra mí.

Perdió el hilo. En su pálida frente había perlas de sudor.

—Estaba tan espantado, que salí corriendo de allí sin volverme una sola vez. «¡Espera, andrajoso, ya verás como te coja!», oí gritar a Geiermeier detrás de mí, pero yo corrí más de prisa de lo que nunca lo había hecho.

—¿Y cómo sabes que era un gato? —preguntó Anton.



—Lumpi me lo contó después. Desde los matorrales pudo observar todo sin que le descubriera Geiermeier... Y desde entonces dicen que soy la oveja blanca de la familia, porque pongo pies en polvorosa por un gato.

Puso una cara tan triste, que Anton tuvo que reírse.

—Yo también me hubiera asustado —intentó consolar al vampiro—. Además, me parece muy valeroso por tu parte el que te atrevieras a llamar al timbre de Geiermeier.

—¿De veras?

El vampiro volvía a sonreír.

—¡De veras! Y todo el mundo tiene miedo alguna vez.

—Incluso un vampiro —dijo el pequeño vampiro suspirando.

Sorpresa desagradable

El vampiro cogió su sombrero y se lo volvió a poner.

—Tú eres un amigo de verdad —dijo con voz soñadora—. Eso ya se ve al regalarme esta estupenda ropa.

Lleno de cariño pasó la vista por la chaqueta típica y los pantalones que llegaban hasta la rodilla.

—¿Tú me lo has regalado, verdad?

—¿Regalado?

Anton tuvo que reírse.

—¡Si por mí fuera, encantado! Pero no creo que mi madre y mi abuela estén de acuerdo con...

Se detuvo y miró la puerta del compartimento.

—¿No oyes nada?

—No —dijo el vampiro—. ¡Sólo ese horrible traqueteo!

—¡Alguien viene! —susurró Anton.

El vampiro se sobresaltó.

—¿Aquí?

—Quizá sea el revisor.

De pronto le vino a la memoria a Anton lo que había querido preguntarle todo el tiempo al vampiro:

—¿Llevas el carnet?

El vampiro dijo orgulloso:

—¡Naturalmente! ¡En el ataúd!

—¿En el ataúd? —gritó Anton.

El vampiro puso cara de perplejidad.

—Allí es donde está más seguro.

—¡Oh, no! —se quejó Anton llevándose la mano a la frente.

¿Por qué no le habría preguntado antes?

—¿Y si viene el revisor y quiere ver tu carnet?

—Ah, vaya.

Poco a poco parecía comprender el vampiro.

—Lo dices porque hemos envuelto el ataúd...

—¡Exacto! ¡Entonces tendrás que quitar el papel, y el revisor podrá ver que no es ningún paquete!

Los ojos del vampiro se quedaron rígidos del susto.

—¿Tú crees?

Sus labios temblaban.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ni idea —dijo Anton todavía antes de que se abriera la puerta del compartimento y una señora les mirara pestañeando amablemente.

—¿Tienen algún sitio libre para mí? —preguntó.

Giftich... con ch

Anton y el pequeño vampiro se miraron asustados.

—Sí, o sea... —empezó Anton.

Tenía que evitar como fuera que ella se sentara en su compartimento... pero, ¿cómo? Si era demasiado grosero existía el peligro de que se quejara al revisor.

—¿Sabe usted...?

La señora, evidentemente, había interpretado el titubeo de Anton de forma completamente diferente.

Ella dijo:

—¡Muy amable por su parte! —y entró.

A Anton casi se le paró el corazón.

—Pe... pero —tartamudeó, y miró al pequeño vampiro buscando consejo.

Este observaba con mirada hosca cómo la señora metía una bolsa de viaje, una cesta y una bolsa de plástico y las colocaba en el portaequipajes. Luego cerró la puerta del compartimento y se sentó en el asiento que había junto a la puerta, a dos asientos de Anton.

Parecía no darse cuenta en absoluto de lo poco deseada que era su presencia, pues dijo alegremente:

—¡Gracias a Dios que ustedes no fuman! Con ustedes seguro que me voy a sentir bien. ¿Saben ustedes? Yo iba sentada en un compartimento con dos señoras, muy simpáticas, pero en seguida empezaron a fumar. Y como yo no soporto el humo he preferido marcharme.

Ella se rió e inspiró examinando el aire.

—Pero también aquí hay un olor extraño —opinó—. ¡Bueno, serán los viejos asientos!... Por cierto, soy la señora Giftich^[2]..., con «ch». ¿Y ustedes?

—¿Nosotros?

—Sí, ustedes.

Ella se volvió hacia Anton y le miró con ojos curiosamente parpadeantes.

—No puedo verles bien —dijo de repente—. Todo está tan borroso...

Ella se llevó la mano a los ojos.

—¡Mis gafas! —exclamó—. ¡No me he puesto las gafas!

Empezó a buscar nerviosa en su bolso.

Anton se mordió los labios, pues podía ver perfectamente dónde estaban sus gafas: ¡el extremo de una de las patillas asomaba por el bolsillo del pecho de su chaqueta!

También el vampiro se había dado cuenta y se lo indicó a Anton con una significativa inclinación de cabeza.

—¿Dónde estarán? —murmuraba ella para sí—. ¿No me las habré dejado en casa de mi hija? ¡Sí, eso será! ¡Me las he dejado allí!

Anton se rió entre dientes en secreto. Él se consideraba un poco infame por no decirle dónde estaban sus gafas. Pero, por otro lado, para el vampiro y para él era mucho menos peligroso ir en el compartimento con alguien que no veía bien.

Anton se atrevió también a examinarla con más detalle. ¿Qué edad podría tener? ¿Cincuenta, sesenta? Seguro que era más joven que su abuela, que tenía ya más de sesenta. En cualquier caso le pareció que no tenía aspecto de ser abuela. Llevaba un traje-pantalón, un pañuelo de cuello de color, un collar de perlas y grandes pendientes. «Su pelo tan rubio seguro que está teñido», pensó él.

Un chiste malo

La señora cerró su bolso y suspiró.

—¡Por suerte tengo unas gafas de repuesto en casa!

Anton y el pequeño vampiro se miraron y sonrieron con complicidad. Pero su alegría no duró mucho tiempo.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó la señora.

—¿Mi... nombre? —dijo Anton echando una mirada al vampiro en busca de ayuda.

Pero éste sólo se encogió de hombros desconcertado.

—Pues yo..., yo soy Anton Bohnsack —dijo finalmente vacilando—. Y éste..., éste es mi hermano, Rüdiger von Schlotterstein.

—¿Hermanos? ¡Ah, qué bien! Pero, ¿por qué tienen ustedes entonces dos apellidos distintos?

—Dos apellidos distintos..., eh, sí...

En eso no había pensado. Pero se le ocurrió una excusa.

—Nuestra madre se ha casado dos veces, ¿sabe usted? Mi hermano es hijo del primer matrimonio. También es mucho mayor.

Anton había acentuado tanto el «mucho» que ella preguntó divertida:

—¿Tanto? ¿Qué edad tiene él entonces?

Anton se asustó. ¿Qué iba a responder?

—Catorce —dijo en su lugar el vampiro con voz cavernosa.

—¿Catorce? —repitió ella riéndose—. ¡Pero si entonces puedo llamaros de tú! ¿Cómo eran entonces vuestros nombres de pila? Anton y...

—Rüdiger —gruñó el vampiro.

—¡Anton y Rüdiger! ¡Y yo que había creído que erais personas mayores...! ¡Qué ojos más malos tengo! ¿Y cómo es que os dejan estar fuera hasta tan tarde? ¿No se preocupará vuestra madre?

—Ella seguro que no —graznó el vampiro.

Anton dijo rápidamente:

—Es que vamos a casa de nuestra tía..., al campo.

—¿Y a dónde?

—A Pequeño-Oldenbüttel.

—¿A Pequeño-Oldenbüttel? —exclamó ella sorprendida—. ¡Entonces tenemos el mismo destino!

—¿Cómo? —preguntó asustado Anton—. ¿Es que acaso va usted también a Pequeño-Oldenbüttel?

Ella se rió.

—No. Pero tengo que apearme en Gran-Oldenbüttel, exactamente igual que vosotros. Yo vivo en Laumühlen, un pueblo vecino.

—Lo que nos faltaba —le susurró Anton al vampiro.

—¿Y cómo se llama vuestra tía?

—¿Qué có... cómo se llama nuestra tía?

Anton se encogió de hombros. Naturalmente, hacía mucho que había olvidado el nombre de la familia a cuya casa iban a ir de vacaciones. Sólo sabía que vivían en el número 13 de la Calle Vieja del Pueblo... ¡Pero, naturalmente, eso no iba él a descubrirlo!

—De su apellido ya no me acuerdo —dijo—. Siempre la llamamos sólo Tía Inge.

Como presumiblemente en Pequeño-Oldenbüttel habría varias mujeres con el nombre de Inge, la señora probablemente no se daría cuenta de que la estaba mintiendo.

—Inge, Inge... —reflexionó ella—. ¿Inge Piepenbrink?

Anton se mordió la lengua para no reírse y sacudió la cabeza.

—No.

—¿Inge Grotenblom?

—No.

—Bueno —dijo ella—, es que tampoco me conozco tan bien aquello. Al fin y al cabo, Laumühlen está a treinta kilómetros de distancia de Pequeño-Oldenbüttel.

¡Por fortuna! Anton sonrió irónicamente al vampiro.

—Entonces seguramente vuestra tía os recogerá en la estación, ¿no?

—¿Por... por qué?

—¡Porque hasta Pequeño-Oldenbüttel hay todavía dos kilómetros!

—Humm, sí...

Anton, buscando ayuda, miró al pequeño vampiro, que, sin embargo, sólo hacía crujir sus dedos nerviosamente.

—¡Si no, os llevaremos encantados a Pequeño-Oldenbüttel! Mi marido me estará esperando en la estación con el coche.

—¡No, no, muchas gracias! —dijo apresuradamente Anton—. ¡Naturalmente que nos recoge nuestra tía! Además, nuestro regalo, seguramente, no cabría en su coche.

Al decir esto señaló el empaquetado ataúd.

—¡Sí que es grande!

—Es que también hay muchas cosas dentro —aclaró Anton—. Todo lo que no puede comprarse en el campo. Camisas, pantalones, cepillos de dientes, calcetines, loción de afeitar...

Se interrumpió, porque ya no se le ocurría nada más.

El vampiro, riéndose irónicamente, añadió:

—¡... y sangre! ¡Sangre en botellas, sangre en frascos, sangre en latas...!

—¿Cómo dice? —dijo la señora extrañada—. ¿Sangre?

—Mi hermano sólo está haciendo un chiste —aclaró rápidamente Anton para tranquilizar a la señora.

—¡Con esas cosas no se bromea! —le aleccionó—. ¡La sangre es algo muy valioso! ¡Nuestro jugo vital! Pero, al parecer, vosotros, siendo niños, no lo entendéis. ¿O sabes tú para qué necesita nuestro cuerpo la sangre?

—¿Que para qué necesita nuestro cuerpo...?

Anton se quedó parado. Miró de reojo al vampiro.

—¡No!

—¿Lo ves?! La sangre provee a nuestro cuerpo de sustancias alimenticias y oxígeno. Yo lo sé porque antiguamente era donante de sangre.

—¿Donante de sangre?

De repente resplandecieron los ojos del vampiro y sus dientes castañeteaban unos contra otros.

—Entonces, ¿tan buena sangre tenía usted?

Ella rió satisfecha de sí misma.

—¿Cómo no?! ¡Yo sigo teniendo aún buena sangre!

—Pero ahora ya no dona usted más, ¿no? —preguntó el vampiro con voz ronca y gangosa.

—No.

—¿Entonces estará usted repleta de sangre!

—Sí.

Ella se rió.

Afortunadamente, no pareció darse cuenta de que el vampiro había descubierto su terrorífica dentadura de depredador y ahora, con la mirada extasiada, se levantaba lentamente, centímetro a centímetro, de su asiento.

Durante unos segundos Anton se quedó aterrado. Luego saltó, se echó sobre el vampiro y le apretó nuevamente en su asiento.

—¡Rüdiger! —exclamó sacudiéndole.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada la señora—. ¿Se ha puesto malo tu hermano porque hemos hablado tanto de sangre? Es algo sensible, ¿no?

—Sí, sí —corroboró apresuradamente Anton—. Muy sensible. Sobre todo su estómago. Probablemente no ha comido lo suficiente.

—¡Ah, tu hermano tiene hambre! —dijo ella—. ¡Si no es más que eso...!

Ella se puso de pie y sacó su cesta del portaequipajes.

—¡De comer tengo de sobra!

Cena para tres

La señora puso un pañuelo blanco en los asientos que había entre ella y Anton y empezó a extender ante ellos las cosas que llevaba en la cesta: dos bocadillos de embutido, dos de queso, tres huevos duros, dos manzanas, dos tomates, una tableta de chocolate con menta y un termo.

Todo parecía tan apetitoso, que a Anton se le hizo la boca agua. En casa, durante la cena, apenas se había tomado nada por la excitación: sólo té y una rebanada de pan tostado. Ahora su estómago ladraba.

—¡Coged lo que queráis! —les animó la señora.



—Gracias —dijo Anton, cogiéndose un bocadillo de queso.

—¿Y tu hermano? ¿Qué quiere él?

—¿Él? ¡Un bocadillo de embutido!

El vampiro levantó las manos defendiéndose, pero Anton le alcanzó resuelto un bocadillo de embutido.

—¡Cógelo! —siseó—. ¡No tienes por qué comértelo de verdad!

El vampiro observó lleno de repugnancia el bocadillo que tenía en la mano, entre cuyas dos mitades sobresalía una gruesa rodaja de embutido.

—¿Y qué voy a hacer con él? —preguntó.

Anton echó una mirada preocupada a la señora antes de contestar. Pero ella estaba ocupada en servir el café del termo en un vaso y no les prestaba atención.

—Simplemente me lo vuelves a dar —aclaró susurrando.

—¡Ah, bueno!

El vampiro suspiró aliviado.

La señora bebió un sorbo de café y preguntó:

—¿Os gusta?

—¡Mucho! —respondió el vampiro.

Sin embargo, devolvió el bocadillo a Anton, que se lo comió con deleite.

—¡Me alegro! ¿Y vuestra madre no os ha dado absolutamente nada?

—Nnn —dijo Anton con la boca llena.

Sacudió incrédula la cabeza.

—¡Hay que cuidarse de vosotros, los niños!... Bueno, ahora me tenéis a mí —añadió riéndose

—. También podéis llamarme Tía Gretel. ¡Pero si no estás tomando nada...!

—Sí, sí —dijo Anton, que con el «Tía Gretel» había estado a punto de atragantarse, y cogió una manzana.

—¿Y Rüdiger? ¿Ya está harto?

Pestañeando insegura miró en dirección al pequeño vampiro.

—Aún no del todo —repuso el vampiro con voz áspera.

—Sólo quiere un tomate —dijo rápido Anton.

—¿Sólo un tomate?

Sacó un plato de cartón de su cesta.

—¿A pesar de lo muerto de hambre que estaba tu hermano? ¡No! ¡Le voy a confeccionar un menú verdaderamente estupendo!

Puso en el plato un huevo duro, una manzana, un tomate, dos onzas de chocolate y el segundo bocadillo de embutido. Luego se lo entregó a Anton.

—¡Toma! ¡Esto le sentará bien a tu hermano!

Anton tuvo que morderse la lengua para no reírse.

El plato temblaba en su mano cuando se lo dio al pequeño vampiro.

—¡Gracias..., Tía Gretel! —gruñó el vampiro.

Colocó el plato sobre la pequeña mesa al lado del juego de «Captura el sombrero» e hizo como si comiera mientras le pasaba ocultamente el chocolate a Anton.

—¿Y viajáis solos a menudo en el tren? —preguntó la señora.

—¿Nosotros? ¡No! —dijo Anton.

—¿Tampoco a casa de vuestra tía?

—Nosotros normalmente vamos siempre volando —dijo el vampiro, y se rió graznando.

—¡Tu hermano realmente es un guasón!

La voz de la señora sonó un poco molesta.

—¡Idiota! —le bufó Anton al vampiro.

Dirigiéndose a la señora dijo:

—No debe tomárselo tan en serio. Es que está en la edad del pavo, dice nuestra madre.

Asintió comprendiendo.

—¡Ah, es por eso!

Ella no pudo ver cómo el vampiro, que se sentía herido en su orgullo, hacía muecas de cólera.

—Pero eso se pasa —opinó ella—. Dentro de un año, como muy tarde, tu hermano se habrá convertido en un simpático joven.

Sólo historias

—... como ese joven del libro que estoy leyendo ahora, ese abogado. ¿Cómo se llama?

La señora sacó un libro de su bolso y lo hojeó, para volverlo a cerrar en seguida de mal humor.

—¡Ay, no puedo leer absolutamente nada sin gafas!

El libro había despertado la curiosidad de Anton: ¡sobre la encuadernación negra reconoció un murciélago! Estiró la cabeza e intentó leer el título.

—Me han dicho que el libro es muy interesante —prosiguió la señora—. Es de mi hija, que se lo ha leído entero en una noche. Trata de un hombre joven, un inglés, al que mandan a los Cárpatos en viaje de negocios. Allí debe visitar a un extraño conde en su castillo...

—¿Quizá el Conde Drácula? —exclamó Anton sin respiración.

También el vampiro escuchó con atención.

Sorprendida preguntó:

—¿Conoces el libro?

—Un poco —dijo avergonzado Anton.

¡Ella no tenía por qué enterarse de que era su libro preferido!

—¿A ti también te gusta tanto leer libros emocionantes?

Su voz cobró un tono de entusiasmo.

—¡A mi hija y a mí las historias de miedo nos vuelven completamente locas! Pero tienen que ser horripilantes de verdad para que una sienta escalofríos. Se deben leer después de que haya caído la noche, cuando el viento sopla alrededor de la casa y por todas partes se oyen crujidos y murmullos inquietantes...

Soltó un suspiro de satisfacción.

—A nosotras nos gusta leer especialmente historias de vampiros. Son tan... —buscó la palabra adecuada—... ¡tan románticas!

El pequeño vampiro se desternilló de risa. ¡Tener que ser un vampiro era de todo menos romántico!

—Eso también no son más que historias —gruñó.

—¡Gracias a Dios! —se rió ella—. ¡Eso es precisamente lo hermoso de ello! ¡Puedes leer las cosas más terroríficas, pero al mismo tiempo sabes que no es más que fantasía!

—¿Sólo fantasía? —dijo ronco el vampiro.

—En la realidad no hay ni espíritus, ni fantasmas, ni vampiros...

—¡Ah! ¿Sí? ¿Usted cree? —exclamó el vampiro.

La señora se rió.

—¿Creéis vosotros acaso que hay muertos que se levantan por las noches de sus tumbas para chupar la sangre a los seres humanos? ¡Yo no!

El vampiro profirió un suave gruñido amenazador mientras Anton le hacía gestos ostensibles de que no se dejara inquietar, sino que permaneciera tranquilo y sereno.

La señora no pareció advertir nada de ello. Dijo alegre:

—¿O es que os habéis encontrado alguna vez a un vampiro? ¿A uno de éstos, pálidos como

muertos, medio corrompidos, con afilados dientes de depredador?

Ella se interrumpió, pues abrieron la puerta del compartimento. Entró un hombre de uniforme y dijo:

—¡Sus billetes, por favor!

El revisor

Un terror helado recorrió a Anton. Con los dedos temblorosos metió la mano en el bolsillo de la chaqueta donde estaban los billetes que él había comprado el lunes al salir del colegio. Por suerte había tenido dinero suficiente en la hucha.

—Tenga —murmuró alcanzándoselos al revisor, que los aceptó con una inclinación de cabeza. «¡Espero que esté todo en orden!», pensó angustiado Anton.

—O sea, que vosotros vais a Gran-Oldenbüttel, ¿no?

Por encima de los cristales de sus gafas miró primero a Anton y luego al pequeño vampiro.

El vampiro, rápidamente, se había puesto el sombrero tan en la frente que no podía reconocerse mucho de su cara.

—Sí..., eh, quiero decir, no —tartamudeó Anton—. Re... realmente vamos a Pequeño-Oldenbüttel.

—A Pequeño-Oldenbüttel, ya, ya —opinó el revisor.

Su voz sonó tan rara, que Anton no sabía si sólo era uno de los habituales chistes de adultos..., o si es que tenía sospechas.

Para alivio suyo, la señora, que seguía buscando en su bolso, dijo:

—Van a visitar a su tía.

—¿Conoce usted a los dos?

Con voz ronca exclamó el vampiro:

—¡Pero si ella es Tía Gretel!

El revisor puso una cara sorprendida.

—¡Ah, van ustedes juntos!

—Sí, sí —dijo distraída la señora mientras seguía revolviendo en su bolso.

—¡Bueno, si es así...! —dijo el revisor—. ¡También me había extrañado que dos chicos de esta edad estuvieran solos tan tarde!

En ese momento la señora suspiró aliviada.

—¡Al fin lo he encontrado! —exclamó, entregando su billete al revisor.

Le echó un breve vistazo y se lo devolvió a la señora.

Ella dijo apocada:

—¡Perdóneme usted que haya tardado tanto! Pero he olvidado mis gafas en casa de mi hija.

—¿Sus gafas? —dijo sorprendido el revisor—. ¡Pero si las tiene guardadas en el bolsillo de la chaqueta!

Dicho esto se volvió hacia la puerta.

—¡Dentro de diez minutos paramos en Gran-Oldenbüttel! —dijo aún; luego cerró tras sí la puerta del compartimento y se fue de allí hacia la izquierda, en la dirección de marcha.

Una falsa imagen

—¿Mis gafas? ¿En el bolsillo de la chaqueta? —dijo incrédula la señora—. ¿Es eso cierto?

Anton no dio respuesta alguna. El sólo sabía una cosa: ¡El pequeño vampiro y él tenían que haber desaparecido antes de que ella descubriera sus gafas y se las pusiera!

Ya miraba en los bolsillos laterales de su chaqueta. Allí, de todas formas, buscaría sus gafas en vano, pero no podía tardar mucho en ocurrírsele la idea de mirar también en el bolsillo del pecho...

—¡Tenemos que huir! —siseó al vampiro.

—¿Huir?

El vampiro miró intranquilo de un lado a otro, de la puerta a la ventana.

—Hacia fuera, al pasillo. ¡Lo principal es salir de aquí!

—¿Y mi ataúd?

—Nos lo llevaremos, naturalmente.

El grito de sorpresa de la señora interrumpió su agitado susurro.

—¡Aquí están! —exclamó.

Sacudiendo la cabeza sacó sus gafas del bolsillo del pecho.

—¡Y yo que creía realmente que estaban en casa de mi hija!

Sacó un pañuelo de seda de su bolso, echó vaho en los cristales y empezó a limpiarlos.

Mientras tanto miraba a Anton con sus ojos de vista débil y le dijo severa y en tono de reproche:

—¡Y vosotros me habéis dejado simplemente estar así! ¡A pesar de que sabíais perfectamente dónde estaban mis gafas! ¡En lugar de ayudarme os habéis reído de mí!

—¿Nosotros? ¡No!

Anton acababa de guardar las piezas de su juego de los sombreritos en la bolsa de cáñamo.

—¡Vamos! —empujó al vampiro—. ¡En seguida habrá terminado de limpiar sus gafas!

Él se puso de pie y también el vampiro se levantó de su asiento.

—Sí, sí —dijo la señora—. ¡Os habéis divertido mucho conmigo! Esa tía vieja, habéis pensado, vamos a dejarla que busque, de todas formas no puede ver bien...

—¡No! —la contradijo Anton mientras bajaba del portaequipajes, con el pequeño vampiro, el pesado ataúd—. Nosotros también acabamos de ver ahora sus gafas.

Él estaba seguro que ella no le creería.

¡Pero, de todas formas, así estaba distraída y no pensaba, por el momento, en terminar con su celosa limpieza y ponerse las gafas! Si consiguiera enredarla con la conversación el tiempo necesario, hasta que hubieran conseguido sacar el ataúd del compartimento, estarían salvados...

Esto pareció tener éxito, pues ella seguía limpiando sus lentes.

—¿Que lo acabáis de ver?

Ella se rió indignada.

—Sabíais desde el principio dónde estaban guardadas mis gafas.

Anton, mientras tanto, había abierto la puerta del compartimento.

—Se está haciendo una imagen completamente falsa de nosotros —intentó distraerla una vez más.

—¡Ahora!

Hizo una señal al vampiro y juntos levantaron el ataúd, que durante un instante habían dejado encima de la fila de asientos donde estaba el vampiro.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Me estoy haciendo una falsa imagen?

Su voz había adoptado un tono irritado.

—¡Eso va a cambiar en seguida, cuando os pueda ver a través de mis gafas!

Anton ya había alcanzado el pasillo con la parte delantera del ataúd. ¡Por el contrario, el vampiro, que llevaba el extremo trasero, aún estaba en el compartimento! Con un presentimiento receloso Anton se dio la vuelta... y vio cómo la señora miraba fijamente al vampiro perpleja a través de los cristales de sus gafas. Ella abrió la boca para pegar un grito..., pero de sus labios sólo salió un susurro afónico:



—¡Un vampiro, un auténtico vampiro...!

Luego se desmayó y se quedó sentada inmóvil, reclinada en el asiento.

—¿Está muerta? —preguntó el vampiro.

—No. Sólo desmayada —repuso Anton, que se había quedado con las piernas completamente flojas.

A menudo había visto en la televisión desmayarse a la gente, pero desde tan cerca era algo diferente...

—¡Venga, vamos! —le susurró al vampiro, observando arrobado el blanco cuello de la señora que dejaba al descubierto el pañuelo deslizado hacia un lateral—. ¿O prefieres esperar a que ella se despierte y llame al revisor?

—En seguida —dijo el vampiro.

A pesar de ello se quedó de pie, como si hubiera echado raíces, dirigiendo ávidas miradas al cuello de la señora.

Anton se impacientaba cada vez más. En cualquier momento podía venir alguien, un viajero o el revisor...

—¡Si te quedas aún mucho tiempo —dijo colérico—, podrás ver cómo llegas sin mí a Pequeño-Oldenbüttel!

Esa amenaza pareció surtir efecto: la cara del vampiro cobró una expresión apocada y de consciente culpabilidad.

—Ya voy —dijo.

Nada comomarcharse

Con cuidado, pasaron el ataúd por la puerta, logrando incluso no golpearlo en ningún sitio.

En el pasillo, Anton, que también llevaba además su bolsa de cáñamo, dejó con un gemido el ataúd y se frotó los dedos doloridos.

—Me gustaría saber si tú trabajarías tan duramente por mí —dijo rechinando los dientes.

—Yo..., yo puedo llevar también el ataúd solo —dijo rápidamente el vampiro—. ¡Sólo tienes que decirme a dónde!

Como siempre que Anton le hacía reproches justos, él intentaba desviar la atención. Pero con las prisas no podían hablar de ello, y entonces Anton dijo solamente:

—A la derecha.

Como el revisor se había ido hacia la izquierda le pareció que lo mejor era que corrieran en dirección opuesta, a ser posible hasta el último vagón para apearse por allí.

Con las piernas temblorosas y la mirada preocupada dirigida al oscilante suelo, el vampiro llevó su ataúd pasillo abajo. En su frente había gotas de sudor y los agudos dientes claqueteaban en alto unos contra otros. Detrás de la puerta que Anton le mantenía abierta, dejó el ataúd en el suelo con estrépito y se sentó encima agotado.

—¡Eh, tenemos que seguir! —exclamó indignado Anton.

—Me encuentro mal —gimió el vampiro.

—¿Quieres acaso que nos encuentre el revisor?

—No. Pero todo me da vueltas delante de los ojos.

Al decir esto, el vampiro puso una cara tan penosa, que a Anton le dio auténtica pena.

—¿No puedo quedarme sentado mientras tanto?

—Humm —hizo Anton indeciso.

De cualquier forma, en el último vagón habrían estado más seguros..., pero, por otro lado, no podían tardar ya mucho en llegar a Gran-Oldenbüttel, pues el tren iba ya más despacio y a ambos lados de la vía vio casas con ventanas iluminadas.

—Está bien —dijo—. ¡Pero no llames la atención! —añadió.

Esa advertencia, en realidad estaba completamente de más, pues seguro que el pequeño vampiro no haría ninguna tontería. Pero, a pesar de ello, a Anton le sentó bien demostrarle, una vez más, que tenía que estar a expensas de su ayuda y que él, Anton, podía determinar cómo había de comportarse el vampiro.

Rüdiger sólo le dirigió una mirada furiosa y no repuso nada.

—Espero que en Gran-Oldenbüttel vuelvas a encontrarte mejor —opinó Anton—. Pues yo solo no puedo llevar el ataúd.

—Claro —gruñó el vampiro—. ¡Cuando se haya terminado este terrible traqueteo y matraqueo!

Efectivamente, el aspecto enfermizo del vampiro mejoró después de que el tren hubiera entrado en la estación. Sin que Anton tuviera que acuciarle se puso de pie y empujó su ataúd hacia la puerta.

Anton, mientras tanto, había abierto la puerta del vagón y vigilaba lo de fuera. Aliviado, comprobó que su vagón se detenía en la parte trasera de la estación, bien lejos del patio de la misma, ante el cual un hombre de edad se paseaba de un lado a otro con un ramo de flores en la mano.

Frente a ellos había un aparcamiento para bicicletas por el que pasaba un estrecho camino bordeado por densa maleza.

Hasta allí podrían llegar rápidamente y casi sin peligro, ¡siempre que el vampiro no le dejara a Anton en la estacada y le ayudara a llevar el ataúd!

Se volvió hacia él angustiado. Pero sus temores de ver otra vez al pequeño vampiro acurrucado encima de su ataúd resultaron infundados: el vampiro ya había levantado su extremo del ataúd y sólo esperaba a que Anton cogiera la parte delantera.

—¿Está todo en orden? —preguntó con voz ronca.

Anton asintió.

—Enfrente hay un camino oscuro. Allí estaremos seguros.

Cuando habían alcanzado los matorrales, Anton miró otra vez hacia atrás. Reconoció a la señora, que bajaba lentamente los peldaños del vagón del tren y era ayudada por el señor del ramo de flores..., y más adelante a las dos mujeres que miraban buscando por la estación. Llevaban abrigos loden, sombreros típicos y zapatos de excursionista.

—¡Oh, mira, las dos! —suspiró—. ¡Pero ahora nada como marcharse!

—¿Qué dos? —preguntó el vampiro.

—Las mujeres de los sombreros bonitos —contestó malhumorado Anton.

Le pareció que ahora no tenían tiempo de seguir charlando más tiempo sobre ambas. ¡Era más importante enterarse de a dónde conducía aquel camino y cómo iban a llegar a Pequeño-Oldenbüttel!

Anton se quedó parado al final del camino.

—Tenemos que dejar aquí el ataúd y mirar primero los alrededores.

Anton tuvo que hablar en voz muy alta, porque en ese momento arrancaba el tren.

—¡No debo dejar mi ataúd sin vigilancia! —se indignó el vampiro—. ¡Nunca! Mejor me quedaré aquí sentado hasta que vuelvas.

Eso a Anton sólo podía venirle bien, pues solo podría moverse con mayor libertad.

Riéndose burlescamente dijo:

—Pero no llames...

—... la atención, ya, ya —le cortó la palabra el vampiro, un tanto molesto—. ¡No se preocupe, señor maestro superior!

En camino hacia Pequeño-Oldenbüttel

Cuando Anton siguió andando, comprobó que, como él había presumido, el camino conducía a la calle. Lo que le sorprendió es que no hubiera ninguna valla, ninguna obstrucción, ni siquiera una tela metálica tirada por los suelos.

«Estas son precisamente las ventajas de una estación de pueblo», pensó contento. Había tenido miedo de que tuvieran que pasar el ataúd por un alto muro o una alambrada de espinos o que, en el peor de los casos, tuvieran que cruzar, después de todo, el patio de la estación.

La calle estaba abandonada en medio del brillo de las farolas. Sólo delante del patio de la estación había dos coches aparcados: una limusina negra y una furgoneta de color azul claro. La calle parecía terminar en la estación, pues detrás de la entrada todo estaba oscuro.

Al principio de la calle Anton vio un gran edificio, la «Fonda Laichgruber», según pudo leer en un letrero luminoso. La fonda estaba en una calle ancha, probablemente la calle principal. Allí había también dos letreros indicadores.

«Viejo-Motten, 12 kilómetros», leyó Anton en el cartel que indicaba hacia la izquierda, y en letras más pequeñas: «Pequeño-Oldenbüttel, 2 kilómetros».

«Laumühlen, 25 kilómetros», ponía en el cartel que indicaba hacia la derecha.

Anton suspiró aliviado: ¡Ahora sabía al menos en qué dirección tenían que ir! ¡Y comparado con el viaje en el vagón del tren los últimos dos kilómetros hasta Pequeño-Oldenbüttel sería un juego de niños! Un poco fatigoso quizá, con el pesado ataúd..., ¡pero ni siquiera la mitad de enervante!

Anton oyó cómo arrancaron los coches que había delante del patio de la estación. Se escondió detrás de un gran abeto. Desde allí podía ver toda la calle sin que le vieran a él. Primero pasó por delante de él la limusina negra; al volante iba el hombre de edad. Junto a él, con la cabeza reclinada hacia atrás, reconoció a la señora Giftich. El coche fue hacia la calle principal y torció a la derecha.

Después llegó la furgoneta azul claro. La conducía una mujer. En el asiento trasero iban las dos mujeres de los trajes típicos. Anton vio que ellas iban hacia la izquierda, en dirección a Viejo-Motten.

Aún se quedó quieto un momento escuchando. Desde la fonda le llegaba una confusión apagada de voces. A lo lejos un coche tocó el claxon. Al otro lado del terraplén ladró un perro.

«¡Fin de jornada en el pueblo!», pensó Anton. ¡Por suerte, nadie sabía que acababa de llegar un vampiro! ¡Y si todo iba bien, tampoco se enteraría nadie!

Anton dio media vuelta y volvió por el mismo camino. El pequeño vampiro le estaba esperando impaciente.

—Ya pensaba que no volvías —dijo.

Anton tuvo que reírse burlonamente.

—¿Y qué habrías hecho sin mi? ¿Buscar el cementerio del pueblo?

El vampiro le echó una mirada furiosa.

—Mejor ayúdame a llevar el ataúd —gruñó.

Y mientras miraba de reojo el cuello de Anton, añadió amenazador:

—¿O quieres esperar a que me entre hambre?

—¿Hambre? —se asustó Anton—. Pero si en seguida estamos en Pequeño-Oldenbüttel... Ya sólo quedan dos kilómetros. Lo conseguiremos en seguida.

—¿Es que ahora conoces el camino?

—Sí.

—¡Está bien, vámonos entonces!

El vampiro agarró el extremo posterior del ataúd. Anton levantó el extremo anterior. Así llevaron el ataúd hasta la carretera. Allí Anton miró a izquierda y derecha; luego asintió con la cabeza al vampiro.

—Vamos —susurró.

La puerta de la fonda estaba abierta cuando pasaron por delante. Resonaba música a todo volumen, pero no se veía a nadie. Anton se detuvo en la sombra de un coche que estaba aparcado delante de la fonda.

—¿Qué pasa? —siseó el vampiro—. ¿Es que no sabes en qué dirección tenemos que ir?

—Sí. Sólo estoy pensando qué lado de la carretera es mejor.

El vampiro miró hacia el otro lado.

—¡Aquel de allí, naturalmente! Allí no hay casas. Además, podemos escondernos entre los arbustos y los matorrales en caso de que venga un coche.

—Pero ir por la alta hierba cansa mucho —dijo Anton.

Él hubiera preferido ir por aquel lado de la carretera y haber ido por la acera. ¡Al fin y al cabo aún tenían que andar mucho y ya le empezaban a doler las manos!

Pero el vampiro dijo decidido:

—¡Por allí es mucho más seguro!

—Si tú lo crees... —dijo Anton.

Cruzaron la carretera y siguieron andando en dirección hacia Pequeño-Oldenbüttel.

Después de un rato dijo Anton:

—Tengo necesidad.

—¿Tienes necesidad? —preguntó el vampiro—. ¿De qué? ¿De descansar?

Anton carraspeó.

—Yo..., eh, pues que tengo necesidad.

Un coche se acercaba. Rápidamente dejaron el ataúd en el suelo y se escondieron detrás de un arbusto.

—¿Nunca tienes necesidad? —preguntó Anton.

—¿Y de qué es de lo que tengo que tener necesidad?

—Bueno, tengo necesidad de hacer pis...

—¡Ah, vaya!

Al fin le había entendido el vampiro.

—¡Te referías a eso! No, yo eso lo hice por última vez aproximadamente hace cien años.

—¿De veras? —se sorprendió Anton—. ¿Eso le ocurre a todos los vampiros?

El vampiro le miró riéndose burlescamente.

—¿Pensabas que a Anna no?

—¿Por qué piensas en Anna? —se ofendió Anton.

Notó cómo se ponía colorado.

Rápidamente dijo:

—¡Bueno, voy! —y desapareció detrás de un árbol.

—¡Pero date prisa!

Después siguieron su camino. Pronto las manos de Anton ardían y sentía los brazos y los hombros como si fueran de plomo.

—¿Puedes aún? —preguntó el vampiro.

—Humm —dijo Anton con voz oprimida.

A alguna distancia vio el cartel de Pequeño-Oldenbüttel. ¡Hasta allí podría aguantar!

¡En la estacada!

Detrás del letrero la carretera se bifurcaba. Anton leyó lo que ponía en los carteles indicadores: la «Carretera Nacional de Motten» iba todo seguido; la «Calle Vieja del Pueblo» doblaba a la derecha.

—¡Aquí está! —exclamó excitado.

—¿Quién? —preguntó desconfiado el vampiro.

—La calle que buscamos. Calle Vieja, trece... ¡Allí tenemos que ir!

La perspectiva de alcanzar pronto la meta de su viaje proporcionó nuevas fuerzas a Anton. Siguió andando tan apresuradamente que Rüdiger apenas podía seguirle el paso.

—¡Allí delante está la granja!

Anton sintió cómo su corazón latía más de prisa.

—¿La ves? El gran granero, el establo y, al lado, la casa blanca.

—¿Cómo sabes con toda seguridad que es ésa la casa?

—Porque ya he estado aquí.

—¿Y estás completamente seguro?

—Sí.

—Entonces realmente ya no te necesito para nada —declaró el vampiro.

Anton se paró sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Muy sencillo. El último tramo ya puedo hacerlo yo solo.

—¿Y yo?

—Tú regresas a casa —dijo con indiferencia el vampiro.

Anton se quedó sin habla durante unos segundos. Luego exclamó:

—¿Solo?

—¿Por qué no? —hizo como si se sorprendiera el vampiro—. Sin mí puedes viajar en el tren con mucho menos peligro...

—¡Pero ya no hay ningún tren!

—¿No?

—¡No! Ya me he enterado primero.

El vampiro miró a Anton sorprendido.

—¿Cómo ibas a volver a casa entonces?

—¡Contigo! He traído a propósito la segunda capa, aún tenía la que me trajo Anna.

—¿Te has traído la capa? ¡Eso es estupendo!

El vampiro se rió con voz ronca.

—Entonces no necesitas el tren para nada. ¡Puedes ir volando a casa!

—¡Tú te lo dispones de maravilla! —dijo Anton enojado—. Yo te he traído hasta aquí, te he ayudado a llevar el ataúd...

De repente advirtió que aún iban cargados con el ataúd y dejó caer su extremo en la hierba, produciéndose un estrépito.

—¡Eh! —gritó el vampiro.

—¡... y ya ni siquiera te importo como para que vuelas de regreso conmigo!

—Tienes que comprenderlo —dijo el vampiro sonriendo apocado—. ¡Yo aquí tengo también que...

Hizo una pausa y luego graznó:

—... habituarme!

—¡Tú siempre piensas solamente en ti! —dijo amargo Anton.

—¡Es que también, siendo vampiro, uno tiene que hacer eso!... Además, tampoco es tan malo volar solo —añadió—. Yo, al fin y al cabo, lo hago todas las noches, aunque me asusta la oscuridad.



—¿Y cómo voy a encontrar el camino?

—Vuela simplemente siguiendo los raíles.

—¿Y si me ve alguien?

El vampiro hizo un ademán negativo.

—A estas horas la gente está durmiendo. No te verá nadie.

—¿Y si me encuentro por el camino con Tía Dorothee?

—Entonces pensará que tú eres también un vampiro y te dejará tranquilo.

En ese momento les llegó del establo un fuerte «beee». Sobre el pálido rostro del vampiro apareció una sonrisa hambrienta y sus afilados dientes relucieron a la luz de la luna.

—¿Has oído? —susurró—. ¡Una oveja! ¡Una oveja viva y llena de sangre!

Agarró su ataúd y se dispuso a marcharse.

—¡Hasta mañana! —dijo.

Luego desapareció entre los árboles.

Anton le siguió con la vista. ¡¿Cómo podía haber sido tan crédulo pensando que el vampiro le acompañaría de regreso a casa?! ¡Al fin y al cabo no era la primera vez que el vampiro le dejaba en la estacada!

Lleno de miedo pensó en el largo vuelo de regreso en solitario. Pero no había otra solución:

¡tenía que conseguirlo! Sacó de la bolsa la capa de vampiro y se la puso. Luego extendió los brazos y salió volando con movimientos inseguros..., como una polilla que se ha quemado con una lámpara.

Falsa sospecha

—¡Anton, despierta!

Anton abrió los ojos. Confuso, se preguntó de dónde venía la repentina claridad. ¿No estaba aún volando a través del cielo nocturno?

—¡Anton, date prisa!

Era la voz de su madre.

—Vamos a desayunar.

—¿Desayunar? —murmuró Anton.

Pero él tenía que ir volando a casa, siempre siguiendo los raíles...

Se abrió la puerta de la habitación de Anton y entró su madre.

—¡Anton! —dijo en tono de reproche—. ¡Vamos a partir en seguida y tú aún estás en la cama!

Anton pestañeó. ¡O sea, que entonces ya hacía mucho que estaba en casa!

—Papá ya tiene listo el desayuno, las maletas están en el coche..., sólo te estamos esperando a ti.

—Sí, en seguida.

Anton se incorporó con dificultad. Le dolía todo el cuerpo, pero especialmente los hombros y los brazos. Los sentía como si hubiera sostenido peso durante horas. Gimió en voz baja.

—Una noche de televisión es tremendamente agotadora, ¿verdad? —dijo su madre.

—¿Por qué?

—Nosotros no llegamos a casa hasta las dos, pero sólo estamos la mitad de cansados que tú.

—¿Qué hora es entonces?

—Las nueve y media.

—Las nueve y media... —repitió lentamente Anton, rascándose la cabeza.

—Di la verdad: ¿cuánto tiempo estuviste viendo la televisión?

«Nada en absoluto», hubiera preferido contestar Anton de acuerdo con la verdad. Pero entonces tendría que buscarse otra explicación para su sueño tan largo, y para ello estaba demasiado cansado.

—Hasta las once —dijo por eso.

—¡Tanto tiempo! —exclamó indignada su madre—. ¡Te habíamos dicho expresamente que sólo hasta las diez!

—¿Venís a desayunar? —exclamó el padre desde la cocina.

—¡Anton ha estado viendo la televisión hasta las once! —le gritó como contestación la madre—. ¿Qué te parece eso?

—Es..., estaba tan interesante... —dijo Anton.

—¿Interesante? ¿Qué es lo que había?

Anton se asustó. No tenía ni idea de lo que habían puesto en la televisión la noche anterior.

—Lo he o... olvidado —murmuró.

—¿Venís de una vez? —exclamó el padre de Anton.

—Miraré el programa de televisión —anunció la madre—. ¿Qué canal era?

—Eh..., el segundo.

La madre de Anton se fue. «¡Ojalá no haya habido ayer una película de miedo!», pensó Anton. ¡Si no, todavía iba a ganarse, inmerecidamente, mala fama entre sus padres!

Se levantó y se vistió. Entonces se acordó de la capa de vampiro que había metido la noche anterior debajo del colchón. Fuera como fuera, tenía que llevarse la capa a Pequeño-Oldenbüttel..., pero, ¿cómo?

Su maleta estaba metida desde hacía mucho tiempo en el coche. Y tampoco se podía llevar la capa puesta. Indeciso, miró por la habitación. Su mirada fue a dar en la cartera del colegio, que estaba junto al escritorio..., y entonces tuvo la idea salvadora.

—Oye, mamá —exclamó—. ¿Puedo llevarme la mochila del colegio? Me gustaría aprender algo más para el colegio.

—¿En vacaciones?

—Sí. Porque ahora voy a hacer un curso superior...

—¡Naturalmente que puedes!

A Anton le pareció que la voz de su madre sonaba algo desconfiada. Y es que tampoco había ocurrido nunca que él quisiera llevarse las cosas del colegio a pasar las vacaciones. Y la desconfianza de ella estaba bastante justificada: ¡él no quería realmente aprender nada para el colegio!

Dobló la capa. La acababa de esconder en la cartera debajo de los libros y los cuadernos cuando entró su madre por segunda vez en la habitación. Observó con recelo la cartera.

—¿Y ahí dentro hay libros escolares?

Anton tuvo que reprimir una risa burlona.

—¡Claro!

—¿Puedo verlo?

—¿Por qué?

—¡Porque tengo la sospecha de que tú quieres llevarte a escondidas de esta manera los libros de vampiros a Pequeño-Oldenbüttel!

—¡Pero, mamá! —protestó Anton.

—¡Sí, sí! Y eso no lo queremos de ningún modo.

Anton meditó. Si ella quería mirar como fuera dentro de la cartera, él, de todas formas, no podría evitarlo. ¡Pero quizá tuviera suerte y no advirtiera la capa!

Con una sensación desagradable le tendió la cartera.



Ella sacó un par de libros y cuadernos, leyó los títulos y luego sacudió incrédula la cabeza.

—Todos libros escolares —dijo a media voz—. Entonces he sido injusta contigo.

Anton se rió satisfecho.

—¡Pero cómo huele tu cartera! —añadió extrañada—. ¡A moho!

Anton se mordió los labios para no reírse.

—¿Tú crees?

Rápidamente echó los cerrojos de su cartera.

—Por cierto —dijo la madre—, por fuerza tengo que sorprenderme mucho de tus gustos televisivos.

—¿Por qué?

—"Sábado: 20.15; «Cóctel de Operetas», 22.10; «Hoy», 22.15; «Los Alegres Músicos de Pueblo», hasta las 23.05" —le leyó del programa de televisión.

Anton notó cómo se ponía colorado.

—Es que tenía ganas de música —dijo apocado.

—¿De operetas y música de pueblo? ¡Esto sí que es nuevo!

—Bueno, es que... —carraspeó—, papá dice que hay que verlo todo.

—Sobre todo digo que los huevos y el café se van a enfriar si no venís en seguida.

—Ya vamos —contestó la madre.

Ella fue delante y Anton la siguió.

Estaba contento de haberse librado de sus atormentadoras preguntas.

El aire del campo cansa

Durante el viaje a Pequeño-Oldenbüttel Anton intentó leer un tebeo. Pero pronto empezaron a bailar las letras delante de sus ojos.

—¡Anton se va a dormir en seguida! —observó su madre, que iba al volante y podía observarle por el espejo retrovisor.

—Eso es por el aire del campo —opinó el padre, que estudiaba el plano de Pequeño-Oldenbüttel y alrededores.

Anton tuvo que aguantarse la risa: ¡apenas hacía un cuarto de hora que habían salido de casa y el supuesto aire «del campo» ya tenía que haberle cansado! Por otra parte, con ello tenía una excusa oportuna para los próximos días.

—Sí, exacto —dijo por eso—. El aire del campo cansa.

Bostezó con detenimiento para reforzar sus palabras.

—Deben ser más bien el cóctel de operetas y los músicos de pueblo —repuso burlona su madre.

Anton prefirió no contestar nada. Leyó aún un par de páginas de su tebeo. Luego se le cerraron los ojos y se durmió.

Era de noche. Anton estaba sentado en la rama de una gran encina descansando un rato antes de seguir volando. Los raíles del ferrocarril brillaban a la luz de la luna. Todo parecía tranquilo y apacible. Anton apoyó su cabeza contra el tronco y cerró los ojos durante un momento.

De pronto le sobresaltó un alto «hip».

Miró asustado a su alrededor. ¿Se había movido algo allí, en el terraplén? Descubrió un conejo que desapareció entre los arbustos. Luego crujió algo, más allá, entre los abedules. El corazón de Anton empezó a latir más de prisa. ¡Alguien andaba por allí! De nuevo se oyó «hip» e inmediatamente después salió de la oscuridad de los árboles una figura con una larga capa negra. ¡A la luz de la luna Anton reconoció a Tía Dorothee!

Le recorrió un pánico helado. ¿Le habría olfateado ya?

Pero Tía Dorothee parecía tener preocupaciones completamente diferentes. Iba tambaleándose de forma extraña, hacía de vez en cuando «hip» y miraba confundida hacia atrás.

Anton oyó cómo soltaba improperios:

—¡Borracho, maldito, por tu culpa tengo que ir ahora a pie!

Su voz sonaba raramente arrastrada.

Entonces Anton supo de pronto por qué se comportaba ella de forma tan particular: había vuelto a estar en un baile de pueblo..., naturalmente no para bailar, sino para acechar fuera delante del local. Al parecer, había ido a dar con un hombre que había bebido mucho..., ¡tanto que ella ahora no podía ni volar!

Anton tuvo que reírse irónicamente.

Él seguía riéndose irónicamente cuando el coche se detuvo.

—¡Anton!

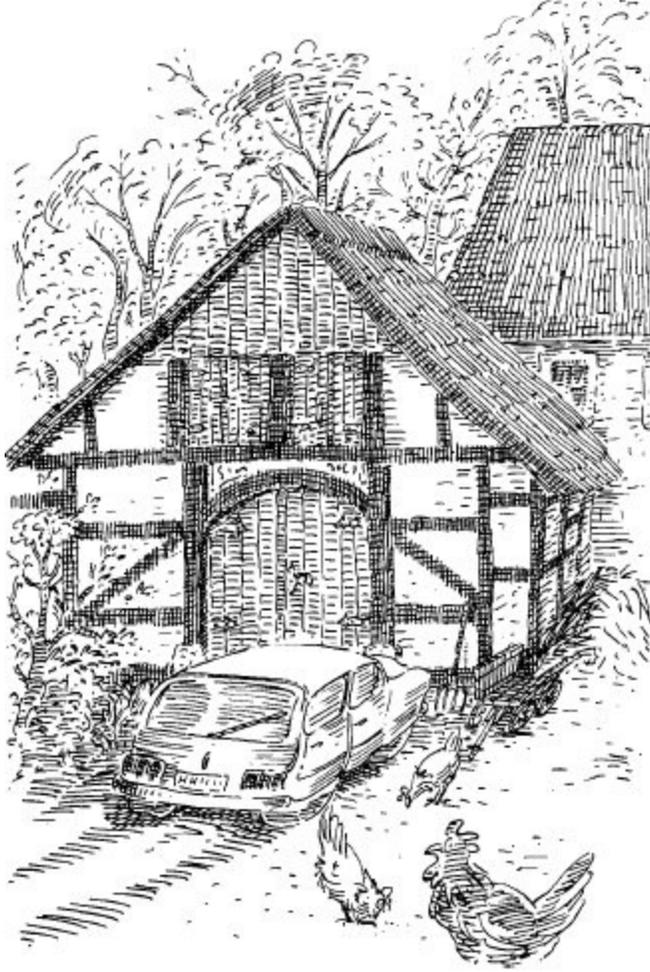
Esa era la voz de su padre.

Anton miró a su alrededor adormilado.

—¿Dónde estamos?

—En Pequeño-Oldenbüttel.

Anton reconoció la casa blanca, el granero grande, y la furgoneta azul claro que estaba delante del granero también la había visto una vez: ¡la noche anterior en la estación de Gran-Oldenbüttel! ¡O sea, que las dos mujeres de los trajes típicos eran, asimismo, huéspedes de la granja!



—¡Lo que faltaba! —se quejó.

—¿Es que hay ya algo que no te gusta? —preguntó enfadada su madre.

Anton se apeó con las piernas tiesas.

—¡No, no! ¡Me parece todo maravilloso!

Echando una mirada al granero añadió:

—¡Además, apostarí algo a que aquí hay un vampiro!

—¡Seguro! —dijo cáustica la madre—. Los vampiros son lo más importante.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] Literalmente, Toten significa «de los muertos», Motten significa «polillas», y uno de los posibles significados de Büttel es «verdugo». <<

[2] La palabra *giftig*, que se pronuncia de forma muy parecida a *giftich*, significa «venenosa». <<